

EL VIAJE

Eran las tres y media de la mañana cuando el despertador empezó a sonar con su sonido taladrante monótono y agudo, tanto que se mete como un afilado cuchillo en la cabeza y recorre todas las neuronas cerebrales, hasta que tu cuerpo reacciona con un temblor, un sobresalto y automáticamente tu mano aprieta el botón que silencia tan feroz sonido. Vacilante mi mano se dirige cortando la oscuridad de la habitación, hasta el interruptor de la portátil de la mesa de luz. Conseguido al primer intento, sin haber tirado las gafas o el libro que nos acompaña en la lectura de cada noche antes de entrar al mundo de los sueños. Fue un acto preciso, casi insólito, por la precisión teniendo en cuenta que actuábamos a ciegas, despertándonos unas tres horas antes de lo habitual. Tamaño estado de alerta, reaccionando tan de prisa, no era algo normal. Es que la sensación de haber dormido poco, era intensa, la boca seca, un cierto gusanillo recorriéndonos el estómago, como si fuera a pasar algo o como cuando tenemos que hacer algo especial, algo que nos da cierta inseguridad, algo que nos saca de nuestra, tal vez querida, rutina. Si bien no querida, pero familiar, esa que nos da seguridad, la de encender la luz, ducharnos, desayunar, recorrer el trayecto al trabajo, sabiendo por qué calles debes coger, para evitar los atascos, saludar a los compañeros.....y así un día tras otro. Cuando te mueves en esa zona, en esa franja habitual, diaria, cotidiana, no sientes ese gusanillo en el estómago, porque hay algo que te dice que estás en tú espacio conocido en donde te mueves en tiempo lineal, a decir de hoy en día, “en tu zona de confort”. Una frase de moda, creo que bastante bien encontrada, para definir a la rutina -que dicha así, suena tan mal-predeterminada, tomada por inevitable, por lo tanto aceptada y querida. Es esa zona que no nos altera, pero tal vez nos cubre de niebla, en la cual todo es

rítmico y monótono, sin sobresaltos. Los horarios, los lugares, las personas, todo es más o menos conocido y “adivinable”. Así nos movemos en el “día a día”, a veces como autómatas, siguiendo la secuencia de un programa informático. Hasta el ocio lo hemos convertido en rutina, llega el viernes y hay que salir, con los amigos, la pareja o la familia -dependiendo de la edad de los más pequeños- al cine, a bailar, al bar, a las reuniones con grupos asociativos o a ver un partido de fútbol. Llega el sábado, ir a la compra -de todo el avituallamiento- semanal. La mayoría de estas cosas, las hacemos “ausentes”, automáticamente, sin ser capaces de recordar cómo hicimos qué cosas. Nos montamos en el coche para ir al supermercado, salimos de un estacionamiento para ir a otro y en ese lapso de tiempo, nuestra mente o nuestro “yo”, estuvo en miles de lugares, o recreando situaciones, o lo más estresante de todo, haciendo suposiciones. Si uno de los jefes nos miró mal el día anterior, y no nos dijo nada, “seguro debe estar pensando alguna represalia”, o aquella sonrisa con que nos regaló una de las administrativas de la quinta planta “tal vez se nos está insinuando y quiere una cita”, “tal vez esté contenta y fue una sonrisa de amabilidad”..... Así seguimos sumergidos en el océano inacabable de las suposiciones, laberintos en que nos sumerge la mente rutinaria, la que está en no sabemos dónde, la que nos hace la rutina un poco más llevadera, pero nos hace perder todos los detalles del camino.

Corremos todo el día detrás del tiempo, ya que lo hemos creado lineal, y lo hemos disparado como una flecha a la que hay que perseguir. Una flecha sin blanco preciso, una flecha que estará en el aire volando unidireccionalmente eternamente, exceptuando si en algún momento o en algunos momentos, somos capaces de presentarle una diana en donde clavarse y detenerse. Sólo de esta manera podemos detener la flecha del tiempo y pararnos a observar la

diana en la que se ha clavado con su entorno, al igual que si miramos un hermoso lago de montaña, con sus aguas quietas, transparentes, color turquesa de la máxima pureza.

Al retirarme rápidamente del chorro de agua que sentía me quemaba la espalda -después de haber dejado el grifo de la ducha mal regulado- , supe que sencillamente, me estaba duchando. Es entonces cuando vuelvo a pensar en los pasos que me llevaron a la ducha, imposible, fue otro automatismo.

Pero a diferencia de otros días, seguía sintiendo esos gusanillos que me recorrían el estómago, diciéndome que “ojo, hay un cambio, o lo va a haber en tu rutina diaria”. Claro está ni mi estómago ni los gusanillos, sabían qué era lo que en ese día iba a romper mi “ritmo”, a sacarme de mi “zona de confort”.

El nerviosismo, la inquietud, los gusanillos en definitiva, no me dejaban hacer el despertar “normal”, con mucha hambre, con ganas de comerme unas tostadas con jamón y queso o acompañadas de una deliciosa mermelada de higos casera. Bueno tal vez no podría comer con la intensidad de siempre las tostadas, pero si lo que podría hacer -a pesar de los gusanillos- es tomar mi mate como cada día.

El mate, bebida estimulante, antioxidante, digestiva, reconstituyente, aportadora de minerales y con connotaciones sociales de primera categoría. Efectivamente, el mate surge como un hecho social, porque se bebe, -en grupos familiares, de amigos o simplemente conocidos- constituyendo un excelente pretexto para compartir charlas y conversaciones distendidas, relajadas y casi siempre agradables. Es por eso que los que hemos nacido en la América del Sur, y a su vez en la parte más meridional de esta, el mate es casi una carta de identidad, un comulgar con los antepasados. Es saber que aunque lo estés bebiendo solo, estás unido por un lazo invisible con algo más grande, o

con más almas que al igual que tú en ese momento pusieron una diana en dónde clavarse la flecha del tiempo.

Una vez en la cocina, comienzo el ritual del mate. Lleno la tetera (caldera o pava para el hemisferio sur) con abundante agua y la pongo en una de las hornillos de la cocina para llevarla a su punto de ebullición. Cojo el recipiente -al cual se le llama mate- que en mi caso es una calabaza de enredadera con un orificio a modo de “boca”, y forrado con piel de vacuno con costuras que sirven de apoyo. Mientras el agua nos va avisando que está por llegar a hervir, lleno con yerba mate el recipiente, lo hago lentamente porque me gusta saborear el perfume de la yerba seca, que se instala en mi sistema límbico, trayéndome sensaciones agradables, de otros momentos en que “preparaba el mate”, haciéndome mover en un espacio de “no” tiempo.

A todo esto, los gusanillos siguen activos en mi estómago, pero siguiendo fiel al ritual de aprontar el mate, retiro la tetera del fuego porque el agua, al ver liberada del recipiente, en forma de vapor se pierde invisible en el espacio de la cocina con su silbido tan característico y familiar. Con el agua hirviente ya colocada en el termo -para conservar su temperatura- le ponemos un pequeño chorro al mate, para “hinchar” la yerba -es decir que la yerba mate seca se humecte o hidrate para así dejar ir el mejor de sus sabores. Unos minutos dejando que se hidrate la yerba, y dejando un huequito, agrego más agua, esta ya del termo, y con delicadeza introduzco la “bombilla” de plata. Pensando me pregunto porqué le decimos bombilla si de hecho es un tubo de plata de unos 15 centímetros con un colador redondeado en uno de sus extremos, y en el otro un engrosamiento de plata -de oro en las más refinadas- al cual le llamamos boquilla, ya que es en donde ponemos los labios para succionar el agua del mate. Entonces me viene con toda claridad del porqué el nombre de

bombilla, el tubo de plata con un colador en la punta funciona como una “bomba” pequeña, de ahí lo de bombilla, ya que al introducirla dentro del mate, el colador queda sumergido en la yerba y sirve para evitar tragarse los trocitos de la yerba triturada. Luego se le hecha agua en el hueco que dejamos junto a la bombilla y succionamos para beber ya la infusión de mate. Al succionar hacemos que el agua suba como si de una bomba de agua se tratara. Pero esta es mucho más humana, porque con los labios, hacemos subir el agua que llenará nuestro cuerpo con la esencia de esa planta mágica que nos regalaron los habitantes de la zona meridional de América. Además de los muchos beneficios con que nos nutre, en cada mate que bebemos, nos nutrimos de el sentir y el vivir de una parte del mundo, de una parte del hermoso continente Americano.

Disfrutando, esta vez consciente, -porque no se que tendrá el mate, pero es imposible agregarlo a los hechos rutinarios- de estar tomando mate, se de dónde proceden los gusanillos del estómago que me dicen que hoy voy a romper la rutina, que hoy voy a salir de mi “zona de confort”, que hoy voy a empezar algo nuevo, a vivir un sueño largamente anhelado, que hoy voy a realizar un viaje.

Me dirijo al mueble aparador de la cocina buscando con la mirada el sobre de plástico azul oscuro que había dejado a la noche, no lo veo, un extraño temor me invade, agudizo la búsqueda, entre portarretratos, el gallito de Lisboa, la vaquita de cerámica del Pirineo, la casita de barro refractario hecha por mi hija, en su época en que asistía a Escola d'Art, a la que se le pueden poner velas de botón dentro, saliendo una luz cálida tal como si estuviese habitada por pequeñísimos duendes y hadas, haciendo sus tareas domésticas. Por eso esta

casita de barro refractario está en un lugar especial de mi casa. Efectivamente con alivio encuentro el sobre de plástico azul que estaba detrás de la casita, colocado ahí para que estuviera “a mano” y fácil de localizar, pero el nerviosismo que es capaz de oscurecer cualquier cosa, no me dejaba verlo.

Abro el sobre azul de plástico con la celeridad de la inquietud y lo vacío sobre la mesa de la cocina. Lo primero mirar el pasaporte para comprobar la fecha de vencimiento, -es que en esos momentos me vino a la mente la imagen de una pareja que hacían la cola para pasar el control de pasaportes y embarcar en el avión que los llevaría tal vez, a su viaje soñado, pero que al abrir el funcionario el pasaporte del joven, le dice que no puede marchar porque su pasaporte lleva caducado casi un año; la cara de habérsele caído el mundo encima a aquel muchacho. A partir de ese momento se desencadenan una serie de acontecimientos, la reacción iracunda de la chica, incluyendo insultos y luego la marcha, embarcando ella sola, dejando al chico completamente atónito, aturdido, paralizado, sin reacción posible-, esa imagen que me recorrió se convirtió en escalofrío. Me hizo ir directo a la hoja del pasaporte en donde está la fecha de expedición y el período de validez. Qué alivio, estaba todo bien, tenía el pasaporte vigente por dos años más. Luego, ya más sereno, comienzo a mirar y comprobar la documentación que me había facilitado la agencia de viajes. El billete aéreo correspondía a la fecha de hoy, “Barcelona - Asuán” - “Luxor - El Cairo” - “El Cairo - Barcelona”, perfecto, los trayectos aéreos y los días correspondientes estaban correctos. Hora de salida 7.30 a.m., presentarse dos horas antes en los mostradores de la compañía aérea. El resto era folletos informativos de los hoteles y el barco en el cual haría la travesía por el Nilo. Emocionante, los gusanillos se movían con más intensidad en mi estómago, entre la alegría y la incredulidad, había algo que me repetía, -te vas a Egipto, a

la tierra de los faraones, a ver las pirámides y todas esas cosas que leíste con tanta admiración y asombro sobre una civilización de hace cinco mil años y que nos dejó tantos enigmas, además de haber marcado el camino de nuestra especie, los autodenominados seres humanos-.

Pero ahora hay que apurar la marcha, tengo que estar en el aeropuerto a las 5.30 horas, dos horas antes de la salida del avión. Miro el reloj, son las 4.10, acompañado del inseparable mate vuelvo a la habitación para comprobar y cerrar la maleta. También previsoriamente la había dejado la noche anterior “media armada”, descansando abierta en una silla. La sigo dejando en la silla aunque lo más cómodo hubiera sido ponerla sobre la cama, pero me recordaba de aquellas palabras de mi madre, llenas de superstición, que me decía -nunca armes la maleta de viaje en la cama, se dice que trae mala suerte y puedes tener problemas durante el viaje-, aquella advertencia se ve que había calado hondo en mi, porque dejé la maleta en la silla pensando, -si esto lo decía la gente de antes, por algo será, así que yo, le hago caso, total no cuesta nada, da lo mismo hacer la maleta sobre una silla o sobre la cama, y así de paso, por si acaso, no tentamos ves a saber qué dioses, duendes o energías que puedan andar por ahí-. Sonriendo de mi propia debilidad a no animarme a retar una superstición, me di cuenta una vez más de lo atado que estamos a nuestra rutina, a esa zona segura, en donde nos movemos automáticamente acompañados de creencias, -algunas limitantes- ritos y ritmos que por lo que se ve necesitamos para movernos por los pasadizos de la vida, sintiéndonos “seguros”, sintiéndonos “amparados” por el grupo social, en definitiva: la tribu. Compruebo la ropa que he preparado, tres bermudas, cinco camisetas de manga corta, tres camisas de manga corta, bañador, un pantalón largo por si hay que asistir a algún evento que así lo requiera, calcetines de algodón -varios

juegos-, ropa interior, y lo más importante el calzado ya que será el que cubrirá mis pies, que junto con los ojos creo, será lo que más utilizaré del cuerpo. Así que llevo unas zapatillas deportivas, los mocasines de piel, a juego con el pantalón largo, zapatillas abiertas -es decir con tiras- pero de piel para evitar las temibles ampollas y luego unas “playeras” para utilizar en piscinas o lugares públicos con agua. Bien, con esto ha de ser suficiente para poder moverme por un cálido Egipto a principios de septiembre.

Luego le toca al neceser de viaje la inspección correspondiente, -oh, me dejaba algo tremendamente importante-, gorras, más que importantes, imprescindibles ya que el sol, en Egipto a primeros de septiembre me decían que es abrasador y los recorridos a efectuar son casi en su totalidad a pleno día. Otra vez el nerviosismo atacando, -¿dónde he dejado las gorras?- abrir armarios, cajones y por fin en uno de ellos, casi ocultas debajo de unas camisetas mis tres gorra veraniegas, -tal vez tres es demasiado-, -pero las llevamos, no sea cosa que extravíes alguna y luego te haga falta-, las tres a la maleta. Ahora si, vuelvo al neceser, cepillo de dientes, un tubo pequeño de pasta dental -la especial para viajes- un pequeño bote de gel -es que a veces los que te encuentras en los hoteles no son de tu gusto-, el agua de colonia, para identificarnos si hay alguna fiesta. También estaban dentro del neceser dos cajas de medicamentos, -que la agencia de viajes nos había aconsejado llevar-, un calmante de dolor y un antidiarreico, parece ser que muy importante ya que no sabían bien si debido al excesivo calor y los posibles contrastes de temperaturas, de estar con aire acondicionado en los interiores, a pasar al exterior con temperaturas superiores a los 40º, o por el tipo de potabilización de las aguas que utilizan en Egipto, lo cierto es que un número importante de turistas, sufrían por algunos días unas terribles diarreas, con lo que si te cogías

una, bien podía estropearte o convertir en un calvario tu viaje tan anhelado. Así que ahí estaba la cajita del antidiarreico -que había pedido en la farmacia con un lapidario y enérgico “el más fuerte que tengas”-.

Bueno con todo comprobado, parecía que la maleta estaba lista para cerrarse, pero como sabemos que siempre nos podemos olvidar de algo, que luego echaremos en falta, la cerramos repitiendo la frase -bueno, si me falta algo por guardar, ya lo compraré allí-, es la típica frase del despistado, o bueno tal vez no es correcto llamarnos “despistados”, mejor es decir el que dedica su tiempo a estudiar previamente las zonas que visitará, y coger información sobre lugares o monumentos que especialmente le llaman la atención. Siempre nos justificamos con alguna cosa. La sonrisa de mi cara casi si hace risa sonora.

Cierro la maleta pasando un pequeño candado entre los tiradores de las cremalleras, y escribo en una tarjeta en blanco mi nombre y dirección, la cual coloco en el pequeño sobre adherido a la maleta específico para colocar tan válida información, -es que también me avisaron que aunque poco probable, es posible un extravío de la maleta en el trasiego internos de los aeropuertos-, así que maleta identificada para evitar problemas.

Miro la hora, entre mate y maleta ya se han hecho las 4.45, hay que ir saliendo, porque de mi casa al aeropuerto me separan 30 kilómetros y los tengo que recorrer en coche, pasando por una carretera de vistas hermosas, ya que transcurre junto a la mar, plagada de curvas, bordeando el macizo del Garraf, carretera que recorrida con tiempo suficiente es un deleite para los sentidos, pero con “algo de prisa” puede llegar a ser muy estresante. Las condiciones de esta carretera son para ir a una marcha bastante lenta debido a su peligrosidad y facilidad de perder el control del vehículo si tu velocidad es inadecuada. Reflexionado este tema, con la maleta cerrada, el sobre azul de

plástico con la documentación, compruebo la cartera para ver el dinero “en efectivo” que llevo, si es el que tenía previsto, las tarjeta de crédito y la de débito, -ya sabemos que siempre, una vez en el lugar, compras un recuerdo, o un regalo para alguien querido, así que hay que llevar todas las formas de financiación que tu economía te permita.

Siguen los gusanillos en el estómago, ahora con más intensidad. Al encender el coche, mentalmente visualizo el recorrido que haré hasta el aeropuerto repitiendo, que será un desplazamiento perfecto, sin ningún tipo de traba, problema o percance. No se tal vez es otra superstición, pero eso me funciona muy bien, el dedicar unos segundos a efectuar un recorrido mental del trayecto, sintiéndome cómodo, relajado, disfrutando de la ruta, atento al tráfico y escuchando mi música favorita. En fin, funciona.

Con la visualización hecha, centrado en los sonidos del motor -para comprobar que son los habituales-, sintiendo las manos en el volante, su tacto, su perfecta redondez, salgo del estacionamiento para iniciar la marcha rumbo al aeropuerto del Prat. Miro la hora, son las 5 a.m., perfecto, en media hora seguro estaré en la cola de los mostradores de la compañía aérea.

Pongo un CD de música india, que me hace sentir relajado, no se si es por las melodiosas voces femeninas acompañadas por el armonio y el ritmo de percusión del mridanga, un fascinante tambor de dos parches, o porque las letras -que no las entiendo- son mantras con alto contenido espiritual, lo cierto es que me producen una sensación de que mi pecho se expande, mi corazón late con calma y me invade un agradable estado de paz. Sí, paz es la palabra adecuada a esta sensación, paz que me permite estar atento a la carretera, a los otros vehículos y a todo lo que ocurra a mi alrededor. Es increíble pero cuando conduzco escuchando esta música, y entro en estado de “paz atento”

-así es como lo denomino-, la marcha, el tráfico, es decir los otros vehículos con los que comparto ruta, es como si entráramos en un baile sincrónico, de armonía, haciéndose todo fluido, hasta agradable, con movimientos suaves, percibiendo desde mi habitáculo la calma de los otros conductores, la empatía y la disposición a la solidaridad con el resto.

En este fluir rítmico y acompasado, dejo los 6 kilómetros de autopista y tomo confiado la hermosa carretera de las costas del Garraf.

Serpenteante por acantilados transcurre esta -por muchos años, única comunicación por carretera, entre las poblaciones del Garraf y la ciudad de Barcelona- carretera que te permite tener unas vistas de la mar Mediterrània verdaderamente hermosas. A esta hora comenzaba a ver el resplandor del anunciado sol naciente, que entre tonalidades de azul iba enrollando el manto negro pintado de estrellas de la noche. Con la única estrella que no podía el resplandor era con el enorme lucero del alba, que brillaba radiante como un foco de luz suspendido del cielo.

Al ver este amanecer me vino el pensamiento referente a la historia de la fundación del pueblo de Jafra, que está ubicado en el medio del macizo del Garraf, cerca de un valle, rodeado de montañas, y que hoy día se encuentra abandonado y en estado de ruina. Hay muchas historias, seguro, las oficiales, que figuran en los registros de archivos históricos, son la correcta, pero a mi me quedó grabada una llena de misterio, convertida en leyenda, ves a saber de que sueño nebuloso rescatada. Cuentan, que allá por la época de los cosetanos -pueblos celtíberos que habitaban esta zona-, antes, mucho antes de la conquista romana hubo en Egipto una especie de rebelión o una simple lucha por el poder -parece que a pesar del tiempo que ha pasado, nuestra condición humana no ha cambiado mucho-, dicha rebelión -llamémosla así- dio

como consecuencia el destierro de uno de los aspirantes al trono de Egipto, no sabemos si era el legítimo heredero o el que reclamaba su derecho al trono. Lo cierto es que, según la leyenda, este desterrado “monarca”, partió de lo que hoy es Alejandría, en una gran barca siguiendo la costa africana rumbo oeste. La misteriosa barca iba equipada evidentemente con las imprescindibles cosas que debe de llevar un noble. Entre esas cosas, un equipo de protección, compuesto por expertos guerreros, diestros en el manejo de las más mortíferas armas por el momento conocidas. No sabemos cuántos días de travesía siguiendo la costa, le llevó a la barca del noble -cuyo nombre se desconoce-. Al acercarse a las Columnas de Hércules, y divisar las costas de Iberia, decidió remontar la costa esta vez en dirección norte. Según la leyenda, no sabemos el cómo ni el porqué, la barca del noble egipcio, se detuvo en algún lugar, seguramente, en una de las pequeñas calas de las montañas del Garraf. Me imagino que para efectuar algún tipo de reparación o avituallamiento, aunque me gustaría pensar que fue por alguna razón mágica oculta para los “no iniciados”. Por una razón misteriosa y oculta, el noble decidió poner fin a su periplo de destierro e instalarse en algún lugar de este nuevo territorio, el viejo macizo del Garraf. Así fue que, seguramente encomendándose a Amón Ra ordenó al mejor de sus arqueros que disparara una flecha al aire en dirección a la vieja montaña. La intención era que en donde cayera la flecha, allí instalaría el primer campamento, para luego formar un poblado. Siempre, según la leyenda, la flecha cayó en donde hoy están las ruinas de Jafra. Curiosamente, el nombre de este pueblo abandonado y en ruinas, en egipcio antiguo es exactamente Jafra, Jefrén en griego o Kefrén más conocido por haber construido la pirámide que lleva su nombre en Egipto. A partir de aquí, como es una simple leyenda, cada uno tenemos la libertad de sacar nuestras

conclusiones, especulativas, claro está, pero lo cierto es que hay personas que dicen que Jafra, es uno de los tantos pueblos “malditos” que existen hoy día en Catalunya e incluso otros dicen que es un lugar en donde hay un portal espacio temporal, que traspasándolo nos puede llevar a otra dimensión, a otro tiempo. Tal vez después de este viaje a Egipto, me ponga a curiosear un poco más en este tema que de misterioso, resulta apasionante.

Como si de un salto cuántico se tratara, sin darme cuenta del tiempo transcurrido, ya había pasado la carretera de “las costas del Garraf”, gran tramo de la autovía C-31 y divisaba las luces del aeropuerto, con algún avión despegando. Efectivamente ya estaba muy cerca del aeropuerto, porque en un estruendo ensordecedor, sobrevoló la autovía un “jumbo” enorme, que se disponía a aterrizar sobre la pista oeste del aeropuerto.

Faltaban 5 minutos para las 5.30 a.m. y ya había dejado el coche en el estacionamiento del aeropuerto. Comienzo a caminar un poco más acelerado que de costumbre por los interminables y amplios pasillos de la nueva terminal. -Sí, tranquilo que llegas en tiempo-, me repetía a mi mismo. Vuelvo a comprobar el nombre de de la compañía para dirigirme al mostrador -creo que de automatismo o nerviosismo, porque ya sabía perfectamente cual era el nombre-, pero bueno tal vez para calmar esos gusanillos que volvían a trabajar en mi estómago.

Por fin ya en el atrio grande del aeropuerto. Para ser tan pronto por la mañana, el trajín de personas es intenso, muchos con maletas y papeles en la mano mirando los carteles indicativos, otros sin nada, seguramente esperando a alguien que estaba por llegar, prisas, abrazos de alegría del reencuentro, otros los más duchos y ejecutivos, con pequeñas maletas y caras que bien podían ser sustituidas por algún cartel que dijera -“soy un alto directivo o dueño de la

empresa “tal” y esto me lo conozco como la palma de mi mano y vengo o voy de viaje de negocios”-, sin duda debía ser así por su aspecto austero, decidido e intentando transmitir seguridad y confianza, para destacar sobre el resto que pululábamos por ahí, despistados, algo aturridos y nerviosos. Después estaban los grupos, es decir los que componían un equipo deportivo, o también los integrantes de una excursión previamente organizadas. Estos mucho más tranquilos, relajados y sonrientes, con la tranquilidad que aporta la manada y la camiseta o gorra identificativa a modo de uniforme, sabiendo que todo está previamente calculado para que todo se desarrolle en los tiempos previstos. Entre la gente veo una larga cola en uno de los mostradores y casi todas las personas -de dicha cola-, sosteniendo en la mano cual preciado tesoro el sobre azul de plástico con el logo de la agencia de viajes, entonces supe que esa era mi cola. Miro el cartel luminoso para corroborarlo y efectivamente, “Barcelona - Asuán”.



Precedido de unas 20 personas, me coloco en la cola, a la que se van incorporando más personas. Al sentirnos identificados ya como un “grupo”, que por lo menos compartiremos avión con el mismo destino, vamos entablando conversación con personas de la cola. Casi todos, atraídos por “la oferta” de

una agencia de viajes, decidieron visitar Egipto, pero también estábamos los que, nos movía un sueño, un llamado. Tal vez ese llamado ancestral y cromosómico de nuestra especie de movernos a lo largo y ancho del planeta, olvidándonos que esta hermosa esfera azul, -vista desde el espacio-, es nuestra única casa, y además la casa de todos. Movidos todos por ese misterioso llamado o el “-mira, se dio así para que pudiésemos visitar Egipto-”, allí estábamos haciendo cola para embarcar en un avión. Por fin veríamos todas esas maravillas arquitectónicas, escultóricas o pictóricas que nos dejaron los antiguos egipcios, maravillas que han superado el paso del tiempo -igual ellos sabían algo más sobre el espacio-tiempo-, moviéndose de otra forma. Todos esos enormes monumentos, -que superan aún hoy, a la más alta tecnología de nuestra época-, creo que los hicieron de tal manera que perduraran para demostrar a futuras generaciones y civilizaciones, cuales son los verdaderos parámetros de espacio, tiempo y materia. Nosotros ahora sabemos que estos tres conceptos, -espacio-tiempo-materia- están estrechamente relacionados, tanto que ninguno de ellos puede existir sin los otros dos. Entonces, si en el espacio, bidimensional, nos podemos mover de forma aleatoria, es decir hacia adelante, atrás, derecha, izquierda, igual que las distintas direcciones de la “rosa de los vientos”, porqué no lo podemos hacer eso mismo con el tiempo? Visto así, como son coordenadas intrínsecamente relacionadas, podríamos sin problemas movernos en el tiempo, como la figura del caballo de ajedrez, en todas las direcciones del tablero.

La cola se iba moviendo algo lenta, porque ahora percibíamos el tiempo lineal y unidireccional, por eso la percepción de que no pasaba. El nerviosismo se iba apoderando de todos nosotros, -llegaríamos a la hora del embarque todos?, se iría el avión sin nosotros?-. De pronto, gracias al comentario de uno de los

compañeros de cola, todo se tranquilizó y abandonamos el nerviosismo por la alegría expectante envuelta de calma. -Tranquilos, no se irá ningún avión mientras hayan personas haciendo la cola!- Una frase certera, que consiguió calmarnos a todos y curiosamente, me pareció que en ese mismo momento abandonamos el tiempo lineal e hicimos un salto de caballo de ajedrez. Todo comenzó a fluir distendido y casi sin saber cómo ya me encontraba con la carta de embarque en la mano dispuesto a pasar el control de pasaportes y de ahí localizar la puerta por donde se accedía al avión.

No había tenido que facturar maleta, porque me había asegurado que las dimensiones de la que llevaba, eran las reglamentarias para poder ir en el habitáculo de pasajeros del avión.

El pasillo, hasta llegar a la puerta de embarque, se me estaba haciendo interminable y había decidido que los gusanillos del estómago, ya se podían ir a dormir, me puse a sentir mis pies soportando el peso del cuerpo y como sonido las ruedas de la maleta, que al ser arrastrada, la verdad hacían un ruido rítmico acompasado por los pasos. Un ruido verdaderamente horrible. Concentrado en mi objetivo de llegar a la puerta de embarque, avanzaba por el aparentemente interminable pasadizo con una ligereza extraordinaria.

Me coloqué tranquilamente al final de la larga cola con el pasaporte y la carta de embarque en la mano. A los pocos minutos de estar esperando, veo que se acercan al pequeño mostrador que daba acceso a la tan deseada puerta que nos conduciría al interior del avión, dos señoras con uniforme identificativo de la compañía aérea.

Ahora, sí la agilidad es palpable, con un -"buenos días señor o señora"- mirando el pasaporte mientras arrancaban una parte de la carta de embarque, nos indicaban que nos dirigiéramos al tubo articulado telescópico que a modo

de pasillo nos llevaría a la puerta de acceso del avión. Antes había mirado que tipo de nave sería la que me llevaría volando durante unas 4 horas hasta mi destino: Asuán, Egipto, vi, que era un Airbus 320, de dos motores, los utilizados comúnmente para vuelos de media distancia sin escalas. Sin saber su antigüedad, me pareció una bonita nave, el sitio que compartiría vuelo con ciento y tantos pasajeros más en el habitáculo que nos llevaría a todos a hacer realidad un sueño, un anhelo tantas veces pensado. Esto me llevó a pensar en la realización de los sueños, me acordaba cuando era un niño, en que mi hermana -algo mayor que yo-, me leía cuentos e historias de países y civilizaciones, tan lejanas que no sabíamos a ciencia cierta si eran verdad o no. En el mundo de los sueños evidentemente eran realidad absoluta, Los Cuentos de las Mil y Una Noches, Simbad el Marino, los maravillosos cuentos de Andersen y aquel, tan amado por mi, tanto, que aún lo conservo como un tesoro de incalculable valor, "Polito, el Pingüinito Viajero". Polito, en uno de sus viajes, me mostró las pirámides por primera vez, y fue ahí en esa precisa hoja que mi niño interior de 5 años decidió ver esas maravillas que me contaba el pequeño pingüino viajero.

Otra vez el salto en el tiempo, allí me encontraba a punto de atravesar un túnel que me llevaría a bordo de un avión rumbo,..... a ver las pirámides. Igual que mi amado Polito que lo llevaba su amigo aviador a dar la vuelta al planeta.

Me di cuenta que en aquellos, mis 5 años, había plantado la semilla del sueño. Por eso es tan importante soñar despiertos y si se puede ser conscientes del sueño, porque es ahí donde diseñamos nuestras vidas igual que alquimistas convirtiendo el gris y pesado plomo en el más brillante ligero y divino de los oros. Todas las cosas que tuvieron que pasar para que yo llegara a la puerta de ese avión que me llevaba a Egipto, serían interminables de explicar,

basándonos en el concepto lineal del tiempo, pero totalmente lógicas si nos movemos por el tiempo como lo hace la rosa de los vientos por todos los cuadrantes cardinales.

Una sonriente azafata, mira mi número de asiento y dándome la bienvenida a bordo, me indica sobre que lado del pasillo está mi asiento. Genial, es una ventanilla, casi al final del avión con lo que el ala no me impedirá disfrutar de las vistas aéreas una vez volando.

A partir de ese momento, todo se desarrolla con fluidez y distensión. Con las maletas colocadas en los porta equipajes superiores, sentimos la voz del comandante dando las instrucciones del cierre de puertas, la salutación, la información del tiempo de vuelo y todas esas cosas importantes, pero que con el nerviosismo no siempre prestamos atención.

Con los motores haciendo un poco más de ruido, y después de un pequeño sacudón, sentimos que el avión comienza a moverse marcha atrás alejándose del tubo telescópico. Poco a poco se dirige para incorporarse a la pista de despegue adjudicada por la torre de control. Delante nuestro cuento cinco aviones que despegarán antes que nosotros, intuyo que detrás llevaremos unos cuantos más. Mientras tanto las azafatas nos explicaron las medidas de seguridad a saber, imprescindibles para el vuelo. Ya veo los aviones que nos preceden tomar carrerilla y remontar el vuelo por la pista señalizada con luces azules. Nos hemos de detener por un momento, para esperar que el anterior avión esté en el aire, y es entonces que girando a la derecha, sólo veo una hilera de luces azules, se oye la voz del comandante -"personal de cabina, despegue inmediato"- ante esto las amables azafatas corren a sus asientos poniéndose los cinturones de seguridad. Las turbinas comienza a hacer un ruido casi ensordecedor y toda la nave comienza a moverse en una brusca

aceleración sintiendo mi espalda bien enganchada al asiento. Mientras escucho los frenéticos botes y temblores de las ruedas del tren de aterrizaje -en este caso para el despegue-, las luces azules de la pista van acortando su separación. Ya sin tiempo de que las luces azules se conviertan en línea, dejo de sentir los sacudones producidos por las ruedas y me siento liviano, diría ingrátido si no fuera por la sensación de estar pegado al asiento debido a la aceleración.

En segundo e intentando tragar saliva para que se me destaparan los oídos, me doy cuenta que ya estábamos volando. A mi derecha veía alejarse a la aún somnolienta ciudad de Barcelona, con su Tibidabo, custodiándola, y hermosa e impactante la majestuosa Sagrada Familia de Gaudí con sus torres como cipreses que se elevan al cielo en plegaria, para mi en ese momento de “gracias”, gracias por estar realizando el sueño plantado en mi cada vez más cercana niñez.

Tomando altura, cada vez más rápido, según el comandante volaríamos a unos cinco mil metros de altura, la mitad de los vuelos transoceánicos, -a los que estoy algo más acostumbrado-, aunque en este caso atravesaríamos la mar Mediterrània de oeste a este. Con un suave movimiento de inclinación desde las ventanillas de enfrente, comienzo a ver las turquesa aguas de la mar, color característico de los últimos días de agosto y primeros de septiembre. Otra vez el avión equilibrado, continuaba subiendo aunque con más suavidad, indicando que el rumbo ya estaba marcado y volaríamos por una de esas invisibles carreteras del aire, que hacen posible al intenso tráfico aéreo de esta zona realizar sus vuelos con la máxima garantía de seguridad.

Reclino un poco el asiento, imposible ni siquiera cerrar los ojos cuanto más intentar dormir, mucha excitación, aunque para mi, alegría desbordante.

Reparo en el sonido de las turbinas, rítmico, monótono e intenso, para algunos dicen que actúa como un somnífero, para mi, son el recordatorio que voy a cinco mil metro de altura en una pequeña nave voladora.

Entregado ya a que el tiempo transcurra en el cauce que le apetezca, voy repasando mentalmente el recorrido pactado por tierras egipcias. Reflexionando que veré un legado de una civilización de seres humanos ya extinguida, que dejaron una huella imborrable de conocimientos y cultura en forma de monumentos y escritos, confeccionados en el papel más eterno de todos, en piedra labrada.

Es curioso pensar que todas estas grandes culturas, sabían que los mensajes, las explicaciones de su forma de vida, sus descubrimientos, su vida misma, sólo podrían perdurar si eran narradas utilizando de soporte la piedra, los mismos huesos de nuestra madre Tierra. Veía esa gran diferencia con nuestra civilización actual, ahora como nosotros corremos detrás del tiempo, no “tenemos tiempo” para nada, y además en este vértigo de carrera -que no sabemos a dónde queremos ir tan deprisa-, utilizamos un soporte para la información tremendamente frágil. Muy efectivo en velocidad, pero tan frágil como que no soportaría una gran llamarada solar, que afectara el campo magnético del planeta. Fue así que los antiguos egipcios, tal vez conociendo que lo que sustenta al mundo en su consistencia o materia, es el electromagnetismo, y que este es muy frágil ante los rayos cósmicos. Supongo que no lo sabían, pero el hecho es que afortunadamente nos dejaron casi todo su conocimiento labrado en piedra y eso sí que es una maravilla.

En estas y otras cavilaciones, no se el rato que llevaríamos volando, cuando empiezo a distinguir al mirar por la ventanilla, la costa de una isla. Por el tramo en que nos encontrábamos, según la velocidad y el tiempo, seguro que

empezaríamos a sobrevolar Mallorca o tal vez Cerdeña -aunque he de reconocer que no tengo ni idea de la ruta exacta que llevaba nuestro Airbus 320.

En unos segundos, mis dudas se disiparon. Era la isla de Sicilia -la que cuando estudiábamos geografía, la maestra para que nos recordáramos de su ubicación y nombre, utilizaba un símil futbolístico- “-Sicilia es la pelota que está a punto de patear la bota de Italia”-, no nos hemos olvidado nunca más de su nombre y ubicación. Sin lugar a dudas, es Sicilia, porque de ella se eleva una interminable y alta columna de humo, -que incluso sobrepasa la altura que lleva el Airbus 320-. El humo proviene de la chimenea del Etna. Se le veía -al menos desde la distancia-, relajado, tranquilo, igual que un viejo pescador paladeando su pipa y dejando que el humo se eleve igual que sus pensamientos y sus sueños.

El humo de los sueños del volcán. Sueños misteriosos y ocultos que vienen de las entrañas de fuego de la Madre Tierra. Sueños que se elevan rectos y firmes, entrando en las capas más altas de la atmósfera, en donde no hay aire, turbulencias o vientos. Sitio en dónde ven girar la Tierra entera con su hermoso vestido azul con copos blancos, lugar en donde se ve a la esfera terrestre, ser una pieza más del maravilloso baile de las esferas.

Las calderas del taller de Vulcano, en las que ningún mortal puede morar nunca, no paran de trabajar diseñando sueños.

En la enorme columna de humo que salía del volcán, veía la sonrisa del mismísimo Vulcano, indicándome que allí también iba mi sueño, el sueño de tocar, oír, ver y oler Egipto. Me decía que el viaje hacía tiempo que había comenzado, en aquel deseo del niño de cinco años que soy yo, mirando las pirámides a través de los ojos de Polito, el Pingüinito Viajero.

A pesar de mi racionalidad, me dejo llevar por el equipaje que llevo dentro de las supersticiones, y tomo o entiendo el ver esa magnífica columna de humo surgiendo constante del Etna, como un presagio de buen augurio, como una bendición de los antiguos dioses que, aún viven en los rincones de ribera de la Mar Mediterrània, la misma que recorrió el noble egipcio desterrado y que se instaló en un lugar mágico del macizo del Garraf. Un portal dimensional, que iba yo atravesando en un Airbus 320, mientras me comunicaba con los sueños o con los dioses a través del humo del Etna.

El vuelo del Airbus 320 continuaba su marcha serena a unos 900 kilómetros por hora. Sin sobresaltos ya que no habían turbulencias ni vientos fuertes que lo impidieran.

Otra vez veía que el vuelo transcurría sobre la mar. Mientras aprovechaba para ir ojeando la guía de Egipto que antes de salir había comprado, para ir buscando los lugares con los monumentos que visitaría en este viaje. Las fotos de las pirámides, o los templos de Abú Simbel, Luxor, Carnac, Filae...., eran verdaderamente magníficas, pero aún no lo sabía que la realidad, las superaría ampliamente.

De vez en cuando miraba por la ventanilla a ver dónde más o menos nos encontrábamos, -siempre me gustó al viajar por cualquier medio que no conduzca yo, “calcular” o “adivinar”, en base a la velocidad y tiempo, por dónde nos encontrábamos, aplicando la formula de espacio o distancia, es igual a velocidad por tiempo, qué contentos se pondrían mis viejos profesores de física al saber que recuerdo y aplico las fórmulas que se afanaban tanto en enseñarnos-. Según mis cálculos, deberíamos ya estar por aproximarnos al continente africano. En segundos, comienzo a divisar el ribete oscuro de la costa. Sin cartas de navegación a mano, no sabía si era la costa libia o ya era

la costa egipcia. Lo cierto es que a medida que nos acercábamos podía ver más nítidamente, el perfil ribeteado en blanco de las rompientes de las olas acompañadas detrás de un intenso azul de la mar. El ribete blanco, hacía de límite a una extensión blanco amarillento, que se perdía en brumas en el horizonte lejano. Estaba viendo el enorme e inhóspito desierto libio, ese que sólo las tribus tuareg, se atreven a “navegar” con sus dromedarios. Digo navegar porque a decir de estas gentes del desierto, los nobles dromedarios son los barcos del desierto.

Estaríamos bastante rato viendo esa imagen agreste, casi desoladora que reverberaba como un gigantesco espejo ante la luz del sol. ¡Qué vida tan dura y solitaria la de los pueblos que debían habitar tamaño espacio abierto! O tal vez una vida más sencilla y práctica, bueno me animaré a decir “más feliz”. Sin duda una vida dedicada a la supervivencia. Para esa vida, hay que ser un gran conocedor del terreno, amar y respetar los ciclos de la naturaleza y sobretodo, saber que eres una pieza más del inmenso engranaje del gran silencio. Tienes que estar en la vigilia y en el sueño, sabiendo que eres un hijo de la Tierra, que eres un dios o una diosa que ha elegido vivir en comunión con el Universo y que eres tal vez el único que dará constante testimonio de la hermosura de la creación, y ¿cómo? Sintiendo el intenso calor de la arena y las piedras en tus pies, o emborrachándote a través de tus ojos contemplando los fríos cielos con miles de estrellas titilando en noches de luna nueva, alumbrándote sólo por la luz de esas estrellas. Sin lugar a dudas, se que la “dureza” de la vida de las gentes del desierto, está compensada con poder sentir esas maravillas, en sentir a la Tierra viajando por su órbita alrededor del sol, en ver atardeceres y amaneceres cada uno diferente, en definitiva estar en el no-tiempo.

Todo estos pensamientos me iban pasando por la mente, dejándome ir

tranquilo, sintiendo el zumbido de las turbinas del Airbus 320 que se deslizaba en el aire a pesar de mis cavilaciones.

Perdido en los laberintos del tiempo y el espacio, todo transcurría a salto de caballo de ajedrez, hasta que de pronto, divisó una ancha e intensa raya oscura que atravesaba el enorme desierto. Al verla, comencé a sentir un cosquilleo agradable por todo el cuerpo, cual caricia suave efectuada por una tersa y gigantesca mano. A esto se le suma un intenso estado de paz y alegría, una de las sensaciones más hermosas que he sentido en mi vida. Mi corazón se expandía y lo sentía abrazar la tierra entera. Una voz, dulce de mujer me susurraba al oído -"bienvenido a casa"- . Aunque no lo entendía, no hacía absolutamente nada para evitar no oírla, era tan agradable y placentero aquel momento que hubiera dado cualquier cosa por que durara eternamente. Me dejaba llevar por esa sensación llena de ternura y amor. Mis ojos y todo mi Ser, estaban viendo y sintiendo al mágico Río Nilo con su franjas de tierras fértiles. Era la eclosión de la vida, triunfante, victoriosa atravesando el desierto.

La emoción era fuerte, los ojos se humedecían y desde el corazón se expandía una sensación, entre la alegría y la paz, sin duda un estado de felicidad. Me llegaba de la tierra del Nilo, una especie de onda encantada, que provocaba en mi pecho una expansión, un vibrar con una emoción. Mi cuerpo entero aplicando el principio de "acción y reacción", respondía también con otra onda expansiva que era bien recibida por la madre Tierra.

Ya íbamos remontando el Nilo desde el aire, no podía apartar la vista magnífica de la arteria de agua más larga del mundo, con sus laterales oscuros que insinuaban campos de cultivos y abundante vegetación. Gracias a las crecientes periódicas del río, se fue acumulando la riqueza del limo, -tierra con alto contenido en nutrientes-, que fue y es el sustento alimenticio de los

pueblos que habitaron y habitan Egipto.

Kemet, era el nombre con el que nombraron los más antiguos pobladores de esta zona y esto quiere decir “tierra negra”, la tierra fértil, la tierra que da la vida.

Transcurrido un tiempo impreciso para mí, -ya estaba moviéndome con saltos de caballo de ajedrez-, empecé a percibir que el Airbus 320, iba perdiendo altura, signo inconfundible que empezábamos las maniobras de aproximación al aeropuerto de Asuán, nuestro destino. Por el ruido de las turbinas, notaba también que la velocidad se estaba reduciendo. En muy escaso tiempo escuchamos la voz del comandante diciéndonos que nos mantuviéramos en sentados, los respaldos de los asientos rectos y los cinturones de seguridad correctamente colocados, porque en unos minutos tomaríamos tierra en el aeropuerto de Asuán.

La alegría y el nerviosismo de un inminente aterrizaje, se empieza a palpar en todos los pasajeros. Yo, que en ese momento era todo sentidos a flor de piel, no notaba ni el más mínimo gusanillo recorriendo el estómago, -lo que quería decir para mí que todo estaba perfectamente bien y que llegaríamos sin ningún contratiempo-.

Conforme el Airbus 320 iba descendiendo, empezamos a sentir pequeñas sacudidas del fuselaje, algo similar a cuando vamos en coche por una pista forestal pavimentada con balastro, que vas sintiendo los miles de movimientos de las ruedas golpeando la pequeñas piedrecillas del pavimento. Al ir sintiendo esas suaves pero múltiples y repetitivas sacudidas, se comienzan a sentir los primeros “hayyys” entre los pasajeros. Recuerdo la cara de una de las compañeras de vuelo, de unos 35 años, -tal vez un cálculo algo atrevido por mi parte-, aproximadamente, que dice en voz alta: -”...hay, por dios.....no habrá

ningún problema, ¿verdad?"-. Los que estábamos en los asientos circundantes a ella y que escuchamos la pregunta, efectuada con voz entrecortada, semi ahogada, transmitiendo temor, o una gran inquietud, -seguro que los gusanillos de muchos se habían ido en masa al estómago de ella-. Las respuestas no se hicieron esperar: -"...no pasa nada, todo está bien", -"son turbulencias normales en un aterrizaje", -"tranquila que todo está controlado", -"tranquila que los pilotos tienen gran experiencia"-. Pero a pesar de todo esto su cara se estaba convirtiendo cada vez en un color más pálido y su mirada reflejaba el miedo que empezaba a pasar aquella chica.

Comenzamos a ver ya nítidamente el aeropuerto, con una sola pista para despegue y aterrizaje, otra que se veía era de "servicio", o sea para efectuar las aproximaciones a la pista principal y colocar los aviones para el embarque o desembarque.

Hacemos un giro de 180º para encarar la pista en dirección norte, supongo que era para evitar el viento dominante en ese momento, -aunque viendo la manga que indicaba la dirección y fuerza del viento, esta no estaba muy extendida-.

Siento como se despliega el tren de aterrizaje y los motores comienzan a reducir velocidad. Es entonces cuando los movimientos a izquierda y derecha, más bien de vaivén, se acentúan,.....ya de forma alarmante. Seguimos descendiendo, la sensación era de estar rebotando literalmente en un colchón invisible.

Las alas se sacudían como si de un pájaro se tratara, lo único que estas al saber que están rígidas, eso indicaba que no había suficiente estabilidad para que las ruedas tocaran el suelo sin que antes golpeará una de las alas. Mi primer pensamiento fue que un aterrizaje así era imposible sin tener un accidente. Como estábamos a pleno mediodía, y el sol brillaba en su momento

máximo de potencia, la pista del aeropuerto, estaba tan caliente que irradiaba un aliento de fuego, -creo que superando los 50º- el cual funcionaba como un gigantesco secador de cabello, creando un invisible colchón de aire caliente que impedía tomar tierra a cualquier aeronave.

La cara de nuestra compañera de vuelo, ya estaba totalmente descompuesta y desencajada -como se suele decir para comentar que alguien se encuentra mal- . -"Hay, no,... por favor, porqué se mueve tanto esto?"- "¿qué nos va a pasar?". Eran las frases que no paraba de decir. También se empezaban a sentir más "hays", de gran parte del pasaje, la preocupación y el nerviosismo, se empezaban a generalizar entre los casi 200 pasajeros del Airbus 320.

Con un fuerte ruido de las turbinas, indicando una rápida aceleración, la aeronave entre fuertes sacudidas, aborta el aterrizaje y vuelve a levantar el vuelo, dejando atrás la pista del aeropuerto.

Al parar los movimientos tan bruscos, y el susto pasado por casi todos en ese primer intento de aterrizaje, se percibe una respiración colectiva de cierto alivio, alivio de que volvíamos a estar remontando vuelo a zonas menos hostiles.

Casi todos más o menos tranquilos excepto nuestra amiga del asiento de enfrente, que asía con fuerza la mano de la compañera que la separaba el estrecho pasillo de la cabina de pasajeros. La miro, ya no decía nada, el color de su cara indicaban el estado de terror y mareo en que se encontraba. Estaba hundida completamente en el asiento, los brazos caídos, excepto el que su mano agarraba con fuerza la de su compañera, completamente flácida, la cabeza volteada hacia un lado, las piernas estiradas y bien sujeta con el cinturón de seguridad.

Los que la veíamos, intentábamos ver cómo la podíamos ayudar, pero era

inconsolable. Alguien le alcanza una de las toallitas perfumadas refrescantes, que te dan en un “set” al subir al avión. Apenas atina con la mano que le restaba libre -la otra seguía asida a la de la señora de su lado-, a pasársela lentamente por la cara.

El Airbus 320, vuelve a efectuar un giro más suave, esta vez casi en redondo y en segundos eternos, volvemos a ver la pista ya descendiendo dirección norte. Las turbinas reduciendo velocidad, y al acercarnos otra vez las fuertes sacudidas, esta vez como si nos zambulléramos en un río de aguas bravas. Al sentir el impacto del aire caliente, el piloto decide no seguir la aproximación al pavimento y esta vez con más suavidad, acelera y vuelve a poner el morro del Airbus 320 apuntando al cielo.

Los comentarios con cierta preocupación por parte de los pasajeros, ya se empiezan a generalizar. Incluso hay quien opina de dejar de intentarlo y probarlo en el aeropuerto de Luxor. Algunos otros sin decir nada en voz alta, nos cuestionamos si habrá suficiente combustible para llegar a Luxor.

A pesar de todo este nerviosismo ambiental, yo no sentía los gusanillos molestos del estómago, -lo que quiere decir que mi percepción de los acontecimientos era positiva-, por lo tanto sabía, intrínsecamente que todo iría perfectamente bien y que exactamente en ese día ni los 200 pasajeros y tripulantes del Airbus 320 y yo, no sufriríamos ningún accidente.

Llevábamos la bendición de Vulcano y los antiguos dioses del Mediterráneo, además mi corazón se había comunicado directamente al el país de la Tierra Negra, que me esperaba y yo lo buscaba para disfrutarlo, sentirlo y vivirlo. Así que todo esto era un simple incidente, para darle el toque de “aventura” que podía tener el viaje. Una aventura soñada y esperada, siempre acaba perfectamente bien. Estaba viviendo uno de mis sueños, construido desde los

cinco años, muchas veces sin ser consciente de esa creación.

Acabo rápidamente todos estos pensamientos al darme cuenta, -ya algo mareado, he de confesar-, que teníamos la pista delante, con la diferencia que habíamos comenzado el descenso varios centenares de metros antes de la cabecera de la pista.

Con rotunda decisión, el Airbus 320, entre sacudidas, ya veo que iba a tocar tierra, estábamos en el punto de “no retorno”, ahora no habría la opción de volver a remontar el vuelo.

Con un gran estruendo, siento el golpe de las cuatro ruedas grandes del centro de la aeronave. Las alas se sacuden, los amortiguadores trabajan al máximo, hacemos unas sacudidas a derecha e izquierda de la pista y por fin siento como se apoyan con suavidad las ruedas delanteras direccionales.

Escucho la inversión de las turbinas para el frenado y la vibración de las ruedas del Airbus 320, corriendo por la pista del aeropuerto de Asuán, en dirección a la zona de desembarque.

Todo el pasaje liberamos la tensión acumulado en esos inexistentes minutos, con un ensordecedor aplauso, algún silbido y muchos, muchos gritos de “bien”, “bravo”.

Estaba en tierra egipcia, con alegría abrazaba el momento.

Después de los momentos de tensión vividos, observaba al resto de los pasajeros del Airbus 320, nuestra compañera, la que teníamos al lado, que lo había pasado tan mal, cogía el equipaje de cabina con gestos inseguros y temblorosos, aunque nos decía que se encontraba bien, su cara reflejaba la angustia y el miedo vividos, algo despeinada, los ojos vidriosos y húmedos, que se acentuaba más por las líneas de pintura negra del “rimel”, salidas de su sitio, las pestañas, y que al mirarla daba un aspecto casi fantasmal. Una de las

pasajeras, al verla, se le acercó con una tohalla desmaquillante, y con un cariño maternal, le murmuró algo y se puso a quitarle la pintura fuera de sitio. Agradecida, le da un abrazo a su solidaria amiga y rompe en una sonrisa ahogada por el llanto.

Con el resto, en general, los rostros estaban sonrientes pero tensos, algunos hasta bromeaban con el susto pasado. Pero todos sin excepción contentos de poder seguir nuestro viaje, las vacaciones tan esperadas.

Mientras estaba en la cola para control de pasaporte miraba a través de los cristales al Airbus 320, dispuesto a que el personal de mantenimiento comenzara su trabajo. Le daba en silencio, las gracias por habernos traído a Asuán, después de un vuelo maravilloso y un aterrizaje....si más no emocionante.

Los funcionarios, nos ponen el sello de entrada en el pasaporte, nos dan un visado, por los días de estancia, abonamos las tasas aeroportuarias, y según nos va indicando un guía nos dirigimos a un autocar que nos llevará al hotel para alojarnos.

El contraste de temperatura es enorme, sentía un calor abrasante, claro, estábamos ya a medio día y casi exactamente sobre el trópico de Cáncer, debíamos de estar entre 23º y 26º al norte del ecuador, la línea imaginaria que divide nuestro planeta en dos hemisferios. Comprendiendo el porqué de tremendo calor, mis sentidos se volvían a activar, dispuestos a captar todas las señales que me llegaran del ambiente.

Ya instalado en el autocar, con gratificante aire acondicionado, el guía nos daba las instrucciones para los próximos pasos a seguir. Comeríamos en el hotel, luego, tiempo libre para recorrer la ciudad de Asuán.

Se nos informa, que a las 2 de la mañana tendríamos que estar preparados

para partir, en autocar, a visitar los templos de Abu Simbel. Había que salir tan pronto porque el recorrido sería largo, casi 600 kilómetros ida y vuelta. El hotel nos facilitaría una bolsa con la comida estilo “picnic”.

La forma que descansé en el hotel después de la ducha y la comida, podríamos decir, que no tiene nombre. No había recapacitado en lo “cansado” que estaba. Fue cuando empecé a contar las horas que llevaba en movimiento desde las 3.30 horas que sonó el despertador en la mesa de luz. Horas en movimiento, pero en lo que llamo “movimiento alerta”, si bien relajado pero al igual que un malabarista que lanza varios bolos en el aire, controlando que ninguno, caiga al suelo, sabiendo perfectamente los que tienes que controlar.

Tal vez sea ese estado de alerta el que “cansa” más. Aparte la excitación del viaje en sí mismo, el emprender un camino nuevo, el cortar los movimientos rutinarios, los gusanillos en el estómago que te dicen, -“ojo, no se lo que pasa, pero algo nos indica que te vas a salir de tu zona de confort”-. Por una cosa u otro lo cierto es que sin darme cuenta, al relajar el cuerpo en la confortable cama del hotel, me dormí profundamente. Fue un sueño de los que denomino oscuros, no porque tengas visiones que no te gusten, oscuro por la profundidad del mismo, por no acordarte de nada, si es que soñaste algo. El sueño del cuerpo cansado, ya sea de esfuerzo físico puramente, o cansado de estrés, del estar alerta, en vigilia casi forzada. Sueño que le entra al cuerpo después de haber pasado los efectos de la cafeína aportados por el café, o el mate en mi caso.

Varias horas pasó mi cuerpo recuperando energías, mientras mi mente, se acalló completamente y se instaló, dejando descansar al cuerpo, en ese espacio insondable de la oscuridad más absoluta. Todas mis ondas cerebrales, se habían puesto de acuerdo de funcionar sólo para mantener las constantes

vitales de mi cuerpo y dejar en funcionamiento el sistema nervioso parasimpático, a los efectos de relajarme y estar preparado para la salida a las 2 de la mañana rumbo a Abu Simbel.

Después de tamaño descanso, tomar otra ducha, esta para quitar la modorra y el aturdimiento de tanto dormir, me decido salir a ver “algo” de la ciudad, sólo sería un paseo, porque los museos y lugares de interés turístico ya a esa hora estaban cerrados.

Al salir a la calle, la temperatura, si bien calurosa, la notaba agradable, que invitaba a caminar. Mientras caminaba lentamente, para que los ojos no se perdieran detalles, esos detalles que muchas veces son los más importantes porque son los que te dan la información del sitio que estás visitando, y sobretodo, captar la idiosincrasia de las gentes del lugar. Las ciudades, son sus gentes. No hay una ciudad que surge y luego van personas a habitarla, sino que a partir de unas personas, asociadas con un objetivo común, y en base al entorno natural en que se encuentran, van diseñando el lugar en donde quieren vivir. Así van haciendo surgir casas, calles que comuniquen las casas, centros de cultos, de gobierno, en definitiva, vivir de acuerdo a la cultura que se han elegido, unidos por la lengua y principalmente por el esfuerzo colectivo para adaptar su vida al entorno natural en que se encuentran. Por eso encontramos poblaciones humanas en los lugares más inhóspitos de la Tierra. Lugares que siempre y solamente pueden ser habitables en comunidad, ya que un solo individuo, sería incapaz de sobrevivir.

Mirando esos pequeños detalles, comienzo a reparar en que una gran mayoría de señores, portaban un pañuelo blanco, de más de metro y medio de largo con un ancho que calculé entre los 20 y 30 centímetros, en tejido de algodón, de un blanco inmaculado. En los extremos, tenía unos bordados en hilo blanco,

acabando en flecos largos con pequeñas borlas en el comienzo.

Algunos lo llevaban al cuello, colgando sobre el pecho, otros lo llevaban envuelto en la cabeza a modo de turbante.

Me vino a la cabeza el dicho popular de “a donde fueres, has lo que vieres”. Así que al pasar por una de las tantas tiendas que vendían desde pequeños recuerdos hasta enormes alfombras, entré y por señas, les dije que quería comprar un pañuelo blanco, de algodón. Menos mal que me acordé que parte importante de la cultura egipcio, -igual que en el resto de países árabes-, a la hora de comprar alguna cosa es imprescindible practicar el regateo. El tendero, me decía un precio, al cual yo le decía un setenta por ciento menos, él que no que estaba loco, ya que el pañuelo por su calidad valía lo que me había dicho, pero como él era un buen comerciante, me lo rebajaba un diez por ciento, yo que no, que eso era muy caro....., así estuvimos por más de diez, -para mi agobiantes minutos, hasta que al final obtuve el pañuelo a un cincuenta por ciento de lo que me lo quería vender el comerciante.

A raíz de la compra de mi ahora pañuelo blanco de algodón de Asuán, me di cuenta del tipo de cultura, tan diferente que estaba visitando.

Sin dudas una cultura en donde el valor de las cosas está medido con otro sistema al que estoy acostumbrado. El regateo, a la hora de comprar o vender, significa que a las cosas se le ha quitado el “valor del tiempo”.

Nosotros, como nos autodenominamos “cultura occidental”, estamos acostumbrados -y lo tenemos por normal-, el comprar las cosas sabiendo que ya llevan incluidas, los costos de los materiales, -muchos de ellos “cansados” de pasar por muchas manos, cada una de las cuales, “adjunta” sus beneficios-, luego sabemos que ya llevan los impuestos correspondientes de cada país. Y por último, le ponemos el coste que encarece más cualquier producto: la mano

de obra. Este es un precio al “tiempo”, es decir darle un valor monetario, -ya no artesanal, artístico o espiritual-, a algo completamente intangible, inmaterial y yo, le agregaría inexistente. Darle valor a una cosa que no existe, creo que ha sido una forma de controlar sociedades enteras. Pero también soy consciente que esa es la forma que elegimos de vivir las sociedades occidentales.

Al valorar el tiempo, -con sentido monetario-, tenemos la sensación que lo perdemos y al comprar algo, lo pagamos con el tiempo de la vida que perdimos para “ganar” el dinero para comprar ¿qué?, intuyo que humo, nada más. Entonces estamos acostumbrados a que “las cosas tienen un precio”, por lo tanto, lo toma o lo deja, lo puede comprar o no lo puede comprar, si lo puede comprar, -como no tiene tiempo que perder, hay que seguir ganando dinero, o perdiendo tiempo de la vida, según como se mire-, lo paga y sigue su camino transcurrido en tiempo lineal.

Viendo el sistema de regateo de estas gentes, vi que simplemente lo podían hacer porque se movían en otro concepto de “tiempo”.

Para mí, esos diez minutos de regateo, me resultaron agobiantes, me estaba saliendo de mi tiempo lineal, me obligaban a salirme de él, y estar en la tienda, diez, veinte minutos...., los que fueran necesarios para llegar a un acuerdo de lo que para los dos -comerciante y comprador- valía el pañuelo que me quería comprar.

Un sistema así sólo es posible cuando al tiempo no se le da un valor monetario. Claro que cuando se encuentran los dos conceptos, -el occidental y el del regateo-, es fácil adivinar quien pierde.

Con mi pañuelo sobre el cuello, y pensando que si quería disfrutar este espectacular viaje, tendría que adaptar mis conceptos sobre el tiempo, al lugar

en que estaba, tanto como que vería cosas que han trascendido los siglos y hasta los milenios.

Me dirijo a una de las calles que da a ribera del río Nilo. Al llegar a las orillas me invade un ligero escalofrío, -de emoción-, estaba delante del río más largo del mundo y probablemente el más cargado de historia, de la humanidad.

Igual que el Polito, -mi querido pingüino viajero-, miraba con asombro el paisaje tan distinto al que estaba acostumbrado. Era un tramo bastante tortuoso del río, con la isla Elefantina delante, y navegando tranquilas unas cuantas falucas, -nombre que le dan en Egipto a las barcas de vela-. Son barcas de entre tres y cinco metros de largo, con una única vela triangular, en el centro de la barca va un mástil fijo, en el cual se articula otro mástil “flotante”, que sostiene la vela por uno de los costados, -el más largo-, el otro extremo una vez henchido por el viento, es tensado por una cuerda que se ata a la popa de la barca. Un sistema muy similar, -sería casi igual, a no ser por la forma triangular de la vela-, a la hermosa vela latina utilizada en la antigüedad en toda la mar Mediterrània, -hoy utilizada, rescatada, por marineros nostálgicos-.

Ya sin el concepto lineal del tiempo, me deleito en ver la navegación plácida de las falucas por el Nilo y los ibis, que con su plumaje blanco destacaban entre el verde de los papiros de las orillas del río.

Al quedar absorto del paisaje, me sumerjo en el aire, cálido de la tarde, dejo que mi corazón revista las formas de las cosas que veo. Me convierto en el viento que silencioso hincha las velas de las falucas, soy también la vela que se inflama con el viento, soy la quilla se abre las aguas del río con suavidad, soy el agua que sostiene las barcas, soy la costa con los papiros y soy el ibis de plumaje blanco buscando peces despistados para alimentarme.

Respiro ese eterno momento y siento como la Tierra va girando en su eje, y

como nos desplaza en su órbita alrededor del sol, alrededor de Ra.

Ya anocheciendo, decido volver al hotel, para dormir o descansar un rato ya que para las dos de la mañana, me parece que no falta mucho y con la expectativa de la ida a Abu Simbel, tal vez aparezcan otra vez los gusanillos del estómago y me cueste conciliar el sueño, aunque creo que esto ya es el sueño.

Decido ir dando un rodeo por las calles, apartadas de la “zona turística”, para ver y sentir el día a día de los habitantes de Asuán, con sus ropas, escuchar su lengua, ver desde fuera sus casas, su forma de vida.

Al caminar por las calles, percibo la humildad de esas gentes. Personas dignas pero humildes. A la vista occidental que podemos llevar con nosotros, diríamos “con aspecto de pobreza”. Otra vez los conceptos, si entendemos por pobreza el poseer cosas, esta gente sin duda, es pobre, ya que “sus” cosas son las mínimas. Como transporte un burro, los más un caballo con una “calesa” para pasear turistas. De vestimenta una chilaba para hombres, y las mujeres también con los vestidos largos, todas con el hiyab -velo islámico-, que quiere decir “ocultar”, casi todas con un uniforme color negro.

Estaba muy claro que me encontraba en un país, de religión musulmana, en donde los preceptos religiosos, imperaban en la población. No me quedó ninguna duda cuando sentí al atardecer el llamado a la oración a plena voz desde el minarete de la mezquita.

También observaba con cierto asombro como estas gentes vivían un poco de espaldas al legado milenario que le habían dejado sus antepasados. Fundamentalmente, porque ahora adoraban otro dios, y al construirse las represas en el río Nilo, este había perdido para ellos, el poder que se le otorgaba junto con Ra.

Una vez en el hotel, dormito un poco, ya que ante la expectativa de la visita a Abu Simbel, el temor a quedar profundamente dormido y perderme dicha excursión, conciliar un sueño profundo era muy difícil.

A las dos menos cuarto, ya estaba preparado con un pequeño bolso de mano, para llevar lo imprescindible, vestido de pantalón corto y una camiseta blanca con un poema de Federico García Lorca escrito en el pecho, la cual había comprado en uno de mis tantos recorridos por la ciudad de Granada, que tanto me gusta. La cabeza bien cubierta con mi gorra con visera de color celeste, con un hermoso sol brillando a un lado, recuerdo de mi amada tierra uruguaya, -el lugar donde nací y el lugar en donde el pequeño libro de cuentos del Polito, me hizo soñar con estos viajes-.

En el atrio del hotel, nos distribuyen las bolsas con el “picnic”, el cual se componía de unas bandejas de plástico, con comida, -pollo con patatas y una salsa, en una, ensalada verde, en la otra, una manzana de postre, pan en bolsita de plástico, cubiertos de plástico y varios saches con condimentos para ponerle a gusto de cada uno.

Una vez avituallados, nos ubicamos en el autocar que tenemos asignado. Habían por lo menos unos quince buses preparados a transportarnos. Es entonces cuando empiezo a ver llegar varios vehículos semi blindados, artillados con armas pesadas y camiones del ejército con “policías turísticos”, -que se distinguen claramente por llevar uniformes de color blanco con gorras negras-, equipados con armas automáticas.

Ante tamaño despliegue de seguridad, pregunto a uno de los guías, a que se debe tanta presencia policial, y más con ese armamento. Me responde que para ir a Abu Simbel por carretera, se atravesaba gran parte de desierto, aún siendo de noche y existía el peligro o la amenaza, de ser atacados por grupos

revolucionarios o enemigos del régimen actual, o que querían sabotear la primera industria del país, -el turismo-. Por eso, se organizaban caravanas de autocares, con todos los turistas de los diferentes hoteles, escoltadas por el ejército, para disuadir o repeler a posibles atacantes.

Ahora si ya me sentía como un beduino moderno que cambió su insustituible dromedario por un moderno autocar equipado con el confort del aire acondicionado y la música de fondo.

Cuando todos ya estamos instalados en nuestros asientos, la enorme caravana se pone en marcha. La aún dormida ciudad de Asuán nos despide con el reflejo de la luna llena temblorosa sobre el gran río.

Al poco rato, el conductor apaga las luces interiores del bus y nos sumergimos en la oscuridad de ambos costados de la carretera. Delante sólo se veían las luces rojas de posición del autocar que nos precedía y un corto as de luz de los faros delanteros del nuestro. El monótono sonido del motor invitaba a dormir. Levábamos aproximadamente una hora de marcha, -contando en tiempo lineal-, cuando veo que se activan los limpiaparabrisas del bus. Como iba en los asientos delanteros, tenía una buena visibilidad de la ruta y de los costados. No habían nubes de lluvia, todo lo contrario, el cielo lucía sus mejores estrellas de la madrugada, y la luna ya desapareciendo, insinuaba las siluetas ondulantes de lo que yo interpretaba como pequeñas dunas solitarias de un desierto dormido en una noche del trópico de cáncer.

El policía que iba en el asiento destinado al guía, le advierte al conductor que del autocar que iba delante, saltaba atomizado, un líquido que impactaba en nuestro parabrisas. El conductor piensa por un momento que debe de ser el agua condensada del equipo de aire acondicionado del bus.

Ya varios pasajeros, habíamos notado que el líquido que impactaba en nuestro

parabrisas, no podía ser agua solamente, porque cuando pasaba el limpia, dejaba un rastro oleoso en el cristal, tanto que obligaba al conductor a, cada pocos segundos activar el agua suplementaria para limpiar el vidrio.

Por fin uno de los pasajeros, que su profesión es la de mecánico, advierte al conductor y al policía, que lo que estaba tirando el motor, era combustible, gasoil en este caso.

Después de varios kilómetros viendo la avería del bus delantero, y ante la evidencia que era algo que iba a más, que no se solucionaba de forma fortuita, el policía decide, a consejo del conductor, avisar por la radio que llevaba, a la cabecera de la caravana y al autocar con la incidencia que, nos detuviésemos para comprobar qué tipo de avería afectaba al bus.

La larga caravana de autobuses y vehículos militares, se detiene a un costado de la solitaria carretera, todavía de noche, aunque un tímido resplandor se divisaba en el este, dándole un color azulado a una fina franja del cielo, venus muy bajo en el firmamento, lucía su mejor traje brillante plateado, el que usa, salir por las noches.

Enseguida, bajan varios conductores de los buses más próximos, levantan la tapa trasera que cubría el motor del bus averiado y comienzan a mirar y tocar cosas del motor.

Van pasando los minutos y decido reclinar el asiento para ponerme más cómodo e intentar dormir o por lo menos hacer que estoy relajado y tranquilo. Imposible, ya que el nerviosismo de todos se empieza a convertir en inquietud, transmitida en “levantadas” el asiento, movimientos por el pasillo del autocar, comentarios, y estos pasando a quejas y protestas. Al ver la imposibilidad por parte de los conductores de darle una salida favorable a la avería sufrida, el pasajero que había advertido que dicho contratiempo, podía

ser más grave de lo que parecía, se ofrece para intentar ayudar a solucionarlo. De otro de los autobuses, se suman dos pasajeros más, que también eran del ramo de la mecánica o tenían conocimientos sobre el tema. Después de mirar el motor averiado, sube nuestro pasajero, que pasa de turista a mecánico accidental, a dejar la chaqueta se llevaba, -para no ensuciarla- y ante las preguntas impacientes de todos nosotros, nos informa que es un problema bastante serio, que afecta ni más ni menos que a la bomba de gasoil del vehículo, que seguramente tendrán un buen rato para solucionarlo, y que en esas condiciones no se puede seguir porque el bus en cuestión quedaría completamente inutilizado en pocos kilómetros más o perdería todo el combustible. Ante tal panorama, y como no se puede dejar al bus averiado solo y el resto seguir, -imposible recolocar a los pasajeros en el resto de vehículos, porque todos están al máximo de su capacidad-, -bueno como no podemos seguir hasta solucionar el tema o a muy malas esperar que venga una asistencia desde Asuán u otro autobús “vacío”- muchos decidimos bajar, a “estirar las piernas”. Los guías nos advierten que no nos alejemos mucho de la caravana, ante la tentación que es caminar por el desierto. Nos dicen que hay peligro de encontrarnos con algún escorpión, y una picadura de dicho animal, complicaría mucho más las cosas de lo que estaban.

Al descender del bus, empiezo a disfrutar de otro de los regalos que esta tierra mágica me tenía reservado. El aire fresco y agradable, me traía una enorme inmensidad, una mar sin agua, pero con olas fijas de arena finísima y piedras, pero sobre todo un perfume dulce, de terciopelo, que al entrar en mi sistema límbico, me rememoraba otras tierras, otros lugares, otras sensaciones placenteras. Días después en una tienda de venta de perfumes y esencias, identifiqué ese perfume con la esencia del ámbar. Así era suave, dulce y capás

de envolverte en miles de caricias y besos con sabor a amor.

Todo mi ser se llena de la fragancia del desierto, vibrando mi alma en notas altas, llenándome de tranquilidad y paz.

Para agradecer tan hermoso regalo, me inclino y cojo un puñado de arena. Todavía estaba fría, fresca mejor sería decirlo, si, fresca del descanso nocturno. La dejo que se escurra entre mi mano cerrada igual que agua que devuelves al río, imposible de atrapar. Tal vez la arena sea el agua del desierto al igual que según dicen los beduinos, -el dromedario es el barco del desierto-.

Absorto en la visión de la clara lejanía, reparo en que ya la promesa del amanecer era una realidad. En un pequeño salto de caballo de ajedrez, tendríamos a Ra empezando otra vez el viaje por el cielo diurno en su barca de luz.

Recordaba las palabras del propio Ra, -cuyo verdadero nombre nadie lo sabe, porque en él está el secreto de su enorme poder, el de la creación o la transformación de todas las cosas que creemos ver-, “al amanecer me llamo Kephra, al mediodía Ra y al atardecer Tum”.

Desde un cielo en el horizonte amarillo lechoso, veo surgir el magnífico disco solar de un rojo intenso. Ahí entendí perfectamente la fascinación de los antiguos egipcios por el disco solar, nunca había visto tanta belleza en un sol naciente, no se si era por la ausencia de nubes o el color, algo extraño, del cielo. Pero el rojo era indescriptible, la intensidad era la justa para poderlo observar con los ojos descubiertos, sin protección, y no ser deslumbrado ni afectando la visión del resto del paisaje. Era como si algún dios o diosa, le pusiese un velo protector para poder mirarlo directamente sin peligro.

Ra surgía de las aguas oscuras de la noche triunfante, creando el universo que queremos ver, o en el que hemos decidido vivir. Cada día Ra le da vida a Shu,

el viento, Tefnut, la lluvia, Geb, la tierra, Nut, el cielo y Hopi, el río Nilo. Para que en las noches pueda con su reflejo iluminar a Geb, crea a Shelket, la luna.

Atónito ante tanta belleza, allí me encontraba yo, siendo parte activa y consciente de tanta creación. Creación para disfrutarla, para vivirla intensamente. Por tanto agradeciendo a Ra y a la “oportuna” avería del autocar de la caravana rumbo a Abu Simbel.

¡Qué afortunado me sentía poder ver en el desierto nubio, del Alto Egipto, a Kephera iniciando el viaje en el cielo diurno para convertirse en el todopoderoso Ra. Tal vez su enigmático nombre, que es capaz, con sólo pronunciarlo crearlo todo, lo sepamos, cada uno de nosotros, y que seguramente lo hemos olvidado, pero que Ra, se cuidó de esconderlo en el lugar, que nos cuesta tanto explorar, en donde no nos atrevemos a entrar, porque está todo lo que somos individual y colectivamente, con nuestras luces y nuestras sombras, el lugar que está lleno de tesoros de valor incalculable, el lugar de donde surgen los sueños y los mundos que deseamos crear: nuestros corazones.

En ese momento, en que me encontraba en un espacio fuera del tiempo, escucho una algarabía en un sobresalto. Nuestro improvisado equipo técnico de reparaciones había conseguido solucionar la avería del autocar y poder continuar la marcha de la caravana rumbo a los templos que el gran Ramses II mandó construir para celebrar una victoria militar y también como un regalo a la más amada de sus esposas Nefertari.

Después de unas horas de marcha y con Kephera ya casi convirtiéndose en Ra, volvía a estar sentado en el autocar con el aire acondicionado, integrando las sensaciones y emociones de este regalo de los dioses que había recibido con tanta alegría, y que no estaba previsto vivirlo. Miraba las blancas arenas del

desierto y el color amarillento del cielo, suponía que era debido al polvo del mismo desierto en suspensión en el aire, gracias al cual podía oler el agradable perfume a ámbar.

Descendíamos de los autocares, y nos dirigíamos al complejo de Abu Simbel, veía el enorme embalse de agua conocido por el “lago Naser”. Lago artificial que cambió el aspecto del río y de Egipto en general. A partir de su construcción, el país pudo controlar las crecidas del Nilo, evitando posibles desastres a la población que habita sus márgenes, -casi siempre las gentes más humildes-. También al crearse la represa, el país pasó a contar con una fuente de energía eléctrica, limpia y barata, de generación hídrica.

Ya divisaba los cuatro colosos de la entrada del templo mayor, con sus más de treinta metros de altura. Colosos que representan la figura de Ramses II en posición sentada, tallados en la misma piedra. La verdad, es que los podíamos ver gracias a la enorme obra de ingeniería que se llevó a cabo, que diseccionó el complejo, en piezas que luego tenían que encajar exactamente, porque al construirse la presa, las aguas del embalse hubieran sumergido para siempre esta maravilla en las aguas del Nilo, perdiendo la humanidad entera un legado arquitectónico con más de cuatro mil años de historia. Aunque se conservó porque estuvo durante muchos siglos prácticamente sepultado por las arenas del desierto, que no sabemos por orden de que dioses, lo mantuvieron a resguardo de invasiones y destrucciones gratuitas con las que a veces los seres humanos nos gusta ostentar nuestro poder para dominar a otros pueblos, hermanos en nuestro planeta. Lo loable fue que por una decisión de la Asamblea de las Naciones Unidas, se consiguieron los recursos técnicos y económicos para salvar el monumento, esfuerzo que ningún país podría haber realizado por su cuenta.

Fue todo un ejemplo de saber el gran poder que tenemos los seres humanos cuando decidimos aunar esfuerzos por una causa. Sin enfrentamientos inútiles, respetando a cada pueblo como un hermano más. Seguramente viendo esto, sabemos que el futuro de nuestra especie, pasa por la cooperación de los pueblos. El mecanismo para evolucionar sigue siendo el mismo, los humanos, sólo progresamos cuando cooperamos en grupo. Seguimos siendo completamente frágiles individualmente pero poderosos en conjunto, igual que aquellos hombres primitivos que se juntaron para dar caza a los grandes y potentes búfalos, conscientes que uno solo no podía dar caza a tan formidable animal y nunca accedería a una fuente de alimento que haría progresar a su especie, facilitándole abrigo y comida.

Fascinado de ver aquella maravilla tallada en su enormidad, en la roca pura de un acantilado de daba al río, accedo despacio, lentamente sintiendo mis pasos en el suelo, casi ritualizándolos. Era consciente que esta delante y a punto de entrar a un sitio sagrado. Consciente que ese lugar, ya era considerado un lugar de culto, mucho antes de la construcción del templo, -con lo que estamos hablando de unos cinco mil años atrás-.

Dejaba a mi cuerpo sentir. Al seguir mi respiración, conseguía cada vez más intensamente un estado de relajación, que me permitía aumentar la percepción para así poder captar las más sutiles energías emanadas de ese lugar.

Sin dudas me encontraba en uno de los lugares, -que hay muchos a lo largo y ancho de nuestro planeta-, en dónde percibimos la energía de la creación, el momento exacto del Big-bang, en dónde todo comenzó, en donde empezó este maravilloso baile de las esferas en que estamos sumergidos.

A través de las culturas antiguas, nos llega la información, transmitida en forma de pinturas primero, inscripciones en piedra, para hacerlas perdurables

después y luego con escritura. Todas estas civilizaciones, nos han hablado de lugares en la tierra, especiales. Especiales por su magia o por ser lugares en donde se perciben energías especiales. Es que para todos los pueblos de la antigüedad, la Tierra, nuestro planeta, tenía la categoría de “ser vivo”, incorporando las aguas, las rocas y todas las especies que lo habitamos. Algunos le denominan los chacras de la tierra, esos puntos o zonas energéticas que según tradiciones, sobretudo, orientales, tenemos en el cuerpo todos los seres. Basados en estos conceptos encontramos técnicas de curación como lo es la acupuntura, -insertar finas agujas en puntos energéticos del cuerpo, para así restablecer la salud perdida, haciendo que la energía fluya y circule sin obstáculos u obstrucciones.

Intuyo que a los que en la antigüedad llamaban “sacerdotes” o “sacerdotisas”, chamanes, magos, avatares o semi dioses, eran personas con una sensibilidad muy desarrollada, capaces de detectar o sentir la fuerza de estas energías sutiles en puntos terrestres. Una vez detectados o encontrados estos puntos, erigían templos, o colocaban menhires, -piedras grandes alargadas y cilíndricas- o dólmenes, luego conforme íbamos evolucionando en técnicas y conocimientos, se construían en esos lugares iglesias, mezquitas, sinagogas, monasterios o templos destinados a entablar un dialogo con los dioses, o los seres “celestiales”, capaces de vivir en el cielo y en la tierra. Monumentos o construcciones que actúan, a mi parecer como las agujas de la acupuntura, restableciendo la correcta circulación armónica de la energía por toda la Tierra. Al igual que todos los pueblos, en todas las épocas, los antiguos egipcios eran conocedores de estas ancestrales sabidurías.

Al pasar entre los colosos, en posición erguida y con los brazos cruzados sobre el chacra del corazón. Custodios intimidantes para cualquier profano que

quisiera llegar a la cámara más sagrada del templo, la sala en donde están sentados mirando pasar los milenios las figuras de los dioses Amón Ra, Horus, Ptah y el propio Ramses II colocado como una divinidad, -que así consideraban los egipcios al faraón, un descendiente directo de dios Sol, con todos sus nombres-.

Lo fascinante de este templo, es que en dos ocasiones durante el año, los días 21 de octubre y 22 de febrero concretamente, el sol naciente, atraviesa los 65 metros que hay desde la entrada del templo hasta el fondo del santuario, donde están las cuatro figuras sagradas, y comienza a iluminar con sus rayos las figuras de Amón Ra, Ramses II y Horus, dejando sin la luz del sol al dios Ptah, ya que este es el dios de la oscuridad, y su reinado está en el inframundo. Pero curiosamente, a este dios al que se le negaba ser iluminado por el sol, también lo consideraban como el dios que creaba el pensamiento por medio del poder de la palabra.

Fascinante, para los antiguos egipcios, el bien y el mal, eran considerados, caras de una misma moneda. La luz y la oscuridad girando por toda la eternidad representado por el viaje de Ra en su barca solar, sin interferir para nada en su paso por las sombras.

Al ver las cuatro figuras del santuario, siento como un encogimiento del corazón y comienzo a captar las sutiles energías que emiten en medio del silencio vivo de la piedra a través de los milenios. Una experiencia maravillosa, otro de los regalos que guardaré para siempre en el cofre sagrado de mi corazón.

Cuando miraba esas estatuas, cuando sentía las sensaciones que me transmitían, sabía que me estaba adentrando a otra dimensión del espacio-tiempo-materia, en donde para entrar hacía falta una llave. Esa llave, sin

dudas, -el cuarto elemento, que ordena las otras tres coordenadas, espacio-tiempo-materia- es la mente. Los antiguos egipcios la simbolizaron perfectamente con lo que conocemos como “Ankh”, la llave de la vida.

Al entrar en contacto con esas maravillas arquitectónicas, -no dejaba de pensar que el complejo de Abu Simbel, había sido tallado en la roca-, hecho de “una pieza”, es decir que iban esculpiendo las formas de los colosos, los dioses, las inscripciones....., todos absolutamente todo modelándolo como si de barro se tratara. Luego venía la pintura, -que por lo que se veía de algunas que sobrevivieron a los milenios- con una policromía exuberante, con colores brillantes , salidos sin duda de mundos de sueños llevados a la realidad más impactante.

Cuando entras en un espacio de estos, llamados sagrados, en donde millones de generaciones de seres humanos, percibieron la energía de nuestra madre Tierra, y decidieron amarla, y honrarla de la mejor forma que lo sabían hacer, entonces tú, viajero de la tercera dimensión, eres capaz de aceptar la “llave” que se te ofrece, o utilizar tu mente para ordenar en una nueva dimensión el espacio-tiempo-materia, te empiezan a llegar imágenes, conceptos, información y conocimientos, en forma instantánea, como si siempre hubieses estado ahí, como si lo supieras desde siempre.

Qué sencilla genialidad la de este antiguo pueblo el haber simbolizado con el Ankh, -mal llamada “cruz egipcia”- porque si bien tiene forma de cruz, está rematada en lo que creemos su parte superior por un círculo que se hace ovalado en la unión de los brazos, más cortos que salen a los costados.

Es una llave que no abre puertas convencionales, tal y como estamos acostumbrados, con un cerrojo y una cerradura, que sólo funciona, descorriendo el cerrojo cuando introduces la llave que tiene las muescas que

no chocan con las salientes del cerrojo. Esta funciona sólo cuando entiendes, es decir, que el cerrojo son tus creencias, la puerta es la que nos hemos construido para no salir de la pequeña o gran habitación en que nos hemos encerrado, para vivir el juego de la vida sin el mayor número de sobresaltos, sabiendo que podemos controlar lo que ocurre en “nuestra habitación”, en donde allí somos los reyes, los señores. Por eso, cuando “entiendes”, ves la puerta, bien cerrada, pero ¿para qué está esa puerta en mi confortable habitáculo? ¿a dónde lleva esa puerta?, las puertas se hacen para comunicar estancias de una casa, son pasajes a otros lugares. Constantemente estamos pasando puertas en nuestro mundo “real”, empezando por nuestras casas, la puerta que nos lleva a la cocina, la que nos lleva al aseo, la que nos lleva al dormitorio, al patio, balcón o terraza. Luego viene la que tiene llave, porque es la que nos “protege” nuestro interior con la calle, un lugar común a todos, por lo tanto debemos ser cautos, prudentes y precavidos de que nadie no “deseado” entre en nuestras casas. Ya en el espacio más inhóspito de la calle, necesitamos abrir otra puerta para trasladarnos a lugares comunes pero más controlados. Abrimos las puertas del coche o del transporte que nos llevará al lugar de trabajo o estudio, también cerramos con puertas, que alguien abre para nosotros, a las que estamos autorizados a franquearlas.

Le ponemos puertas a todo, pero tranquilos porque tenemos las llaves que las abren. Pero no tenemos la llave de la puerta de las puertas, la que fingimos no ver porque tiene la finura de un velo, tan fina y tan etérea que sin una llave como el Ankh jamás seremos capaces de atravesar.

Los egipcios, encontraron la llave que comunica los diversos mundos, por eso la representaban así, con tres caminos posibles a recorrer, -en tiempo lineal-espacio, tiempo y materia, y los tres confluyen en un punto, surgiendo el

círculo ovalado con forma de gota de agua, que unifica a los tres parámetros. Así cuando somos capaces de detenernos en el punto de confluencia, y empezamos a subir por el óvalo, circunvalándolo y volviendo al punto de inicio, ya estaremos en otros tres brazos distintos del espacio-tiempo-materia. Habremos cambiado la realidad que vemos, habremos entrado en la vida eterna.

De esa manera los dioses egipcios, al poseer el Ankh, poseían el secreto de la inmortalidad, y la capacidad de moverse entre mundos. Mundos que creaban o hacían desaparecer con el simple gesto de dar una vuelta completa al círculo ovalado del Ankh, la llave de la vida.

Comprendiendo el significado y más aún el funcionamiento del Ankh, guardé en mi mente tan preciado regalo que me hicieron las mismísimas diosas Hathor e Isis. Diosas de la alegría y el amor, a las cuales no dudé ni un segundo en encomendarme, para que me guiaran en el recorrido de este pequeño viaje que estaba realizando, parte del otro gran viaje emprendido. Les pedía que me ayudaran a subir la parte ascendente del círculo del Ankh, para descender con facilidad hasta el punto de confluencia y “abrir” la puerta, o correr el velo que me llevara a otra dimensión, a otra aventura.

Con liviandad y una sonrisa de oreja a oreja, confluyo de golpe en el punto central de la dimensión espacio temporal que me había traído a Abu Simbel. Eran los gritos del guía, que intentaba juntar a sus asistidos turistas para que abordáramos los autocares que nos llevarían, en caravana protegida por el ejército, rumbo a Asuán, para cenar ya en el hotel.

Ya estaba anocheciendo y como me había despedido de Ra, -cuyo nombre al atardecer es Tum-, sabía que el viaje de regreso, los aproximadamente 300 kilómetros, se desarrollarían sin ningún contratiempo. Por eso me despedí de

Tum, deseándole un buen viaje en su barca por el inframundo y que mañana, ya como Kefhera, le daría la bienvenida para que me acompañara con su luz por las calles de Asuán.

Efectivamente, el viaje de regreso a Asuán, prácticamente todo desarrollado bajo la protección de Nut, o sea con el cielo nocturno, fue rápido, cómodo y fluido. Con el zumbido monótono del motor del autocar, y al relajar lo máximo posible el cuerpo, comencé a entrar en un letargo de sueño que sentía iba reparando las partes más cansadas de mi, como por ejemplo las piernas, pero sobre todo los pies, que junto con las piernas me habían llevado tan generosamente por el conjunto monumental de Abu Simbel. Creo que comenzaba a notar hasta una pequeña ampolla debajo de uno de los dedos del pie izquierdo. Bueno nada importante, al llegar al hotel y después de una reparadora ducha, miraríamos esa ampolla y echando mano del breve botiquín que había traído, le colocaría una milagrosa tiritita.

Después de la ducha y cenar, me entregué conscientemente y con gran placer a la cómoda cama del hotel. Puse la alarma del reloj a las 6 a.m. para aprovechar el día en Asuán lo máximo posible, porque a la tarde embarcaría en uno de esos lujosos paquebotes que hacen la travesía por el Nilo, y que son auténticos hoteles flotantes.

Dormí un sueño profundo y agradable, reparador, mecido por las alas de Isis, seguramente, o por las manos dulces y tiernas de Hathor.

Al mediodía, estaba previsto ir a visitar las canteras de granito rosa que abastecían de piedras a los arquitectos y escultores egipcios para construir las imborrables obras de arte que nos dejaron.

Las principales construcciones que realizaban con el granito eran obeliscos. Tanto que en la cantera todavía está tallado pero no levantado nunca, el que

hubiera sido el obelisco más alto del mundo. Es que durante el proceso de tallado, -ya que los escultores egipcios, lo iban tallando en la misma roca, y la última parte era practicar orificios de lado a lado del obelisco para luego pasar troncos por debajo e ir así sucesivamente hasta que estuviera separado completamente de la roca madre y hacerlo rodar al embarcadero que lo llevaría, sobre una gran barca, por el río, hasta su destino definitivo-. La finalidad de los obeliscos, tal vez no era la de tener un sentido estético estrictamente, o para custodiar la entrada de los templos y los lugares sagrados, creo que tenía una estrecha relación de comunicar un punto energético de la tierra en concreto, con el resto del universo. Al igual que nuestras antenas de comunicación, ellos usaban los obeliscos, -y más teniendo en cuenta que el material utilizado, el granito rojo, es una piedra radiactiva, o sea emite radiación, al igual que el radio o el cobalto, aunque menos intensa que estos. No se, pero puedo intuir, -utilizando el poder del Ankh- que este pueblo tenía una serie de conocimientos que todavía a nosotros se nos escapa o mejor dicho que no tenemos medios técnicos como para darles una explicación “científica” y “racional”, -no nos olvidemos que nos movemos en un tiempo lineal, y damos por “no real”, cualquier cosa que no pueda ser demostrada o entendida por nuestros estrechos parámetros en los que nos movemos. Lo cierto es que construían estos enigmáticos monumentos, si pensamos en su utilidad, porque a modo estético ya eran maestros en esculpir figuras de animales u hombres, para representar reyes, reinas o dioses. Los obeliscos son como los menhires de los hombres prehistóricos. Antenas radiactivas que emiten, captan o reciben sutiles comunicaciones de los infinitos cielos. Eslabones energéticos utilizados para recordarnos que el universo que vemos, -que es el 5% del total-, y el que no vemos, -el 95% restante- es un

enorme todo, articulado, armonizado, vivo, diverso y unificado, al cual como arquitectos egipcios, podemos modelar, viajar y vivir a nuestro libre albedrío.

Ahora sabemos que este truncado obelisco hubiera sido el más grande nunca hecho, porque sufrió un percance durante su talla, -se produjo una importante grieta, que hizo inviable su continuación-. A parte del desastre artístico que significó, la parte positiva es que nos quedó bien claro cual era la técnica de estos arquitectos-artesanos, para la construcción de tan magníficos monumentos. Obras que hoy día, -a pesar de nuestra avanzada tecnología-serían de una complejidad extrema-, yo diría que completamente inviables porque no nos olvidemos que nos movemos en tiempo lineal y lo que “encarece” cualquier actividad humana, es el terrible costo del tiempo, el valor de “una hora” para construir o hacer algo. Ellos hacían las cosas estando fuera del tiempo.

El significado mágico y esotérico de los obeliscos, no tiene ninguna duda para mí. Este pueblo, sin duda conocía los secretos de la mente y utilizaban conocimientos que nosotros con las poderosas cuerdas y cárceles de la “razón” hemos ido perdiendo, o entregando a otros, que nos supieron “vender” que estaremos más “seguros” viviendo en la rutina, la planificación y el estricto tiempo lineal.

Sin dudas al mediodía, estaría visitando la cantera de granito rojo, sintiendo la radiación de la piedra.

Como era muy pronto todavía, no pude resistir la tentación de alquilar una faluca para hacer una navegación por el Nilo, a vela, y dependiendo de los costes, acercarme a lo que llamaban el poblado nubio de la isla Elefantina.

Me acerco a uno de los embarcaderos de la ribera del Nilo, en donde se encontraban varias falucas con sus patrones ataviados con chilabas azules o

blancas y el típico pañuelo de Asuán colocado como turbante. He de decir que ya a esta altura del viaje, había dejado mi gorra con visera en el hotel y utilizaba el pañuelo que me había comprado a modo de turbante. Dicha gesta se la tengo que agradecer a un botones del hotel que me enseñó como ataviarlo en la cabeza para que se convirtiera en turbante, el cual encontraba cómodo y práctico para usar y proteger la cabeza de los rayos casi perpendiculares que nos enviaba Ra al mediodía.

Después de una larga negociación y regateo, con el marinero de la faluca, llegamos a un acuerdo. Haríamos una navegación por las aguas del Nilo, llegando hasta el poblado Nubio que se encontraba en la otra orilla, allí desembarcaría, y después de recorrer el pequeño lugar, regresaríamos antes del mediodía al embarcadero de Asuán.

La faluca, se la veía muy bien cuidada por su propietario y a decir de los marineros de la costa del Garraf, -"muy marinera"- . De unos cinco metros de largo, casco de robusta madera, pintado de blanco. Un alto y fuerte mástil ligeramente inclinado a la proa. De este mástil "central", colgaba articulada, una pértiga a la cual estaba adherida una enorme vela, que estaba pansida, casi colgando de la pértiga que la sostenía, porque esta estaba muy paralela al mástil central.

Una vez embarcado, el hábil marinero, comienza a desplegar la vela, en forma triangular, con una de sus puntas hacia el cielo, comunicándose con Ra. Me indica que me siente en un lugar determinado de la faluca, a popa, casi junto al timón, y por sobre todas las cosas, sin tocar nada, salvo que él me lo solicitara a modo de ayuda. Con un rápido movimiento de su brazo, quita la cuerda que mantenía la faluca ligada a la amarra del embarcadero. Ayudado por el "bichero", -palo de unos 3 metros con dos puntas metálicas en un extremo-,

empuja la faluca, alejándola del embarcadero. Inmediatamente, con movimientos rápidos y ágiles, comienza a soltar, cuerdas por aquí y por allá, a ligar otras a los asideros que había en la borda de la nave, suelta la que ataba el timón, dándole la dirección que nos llevaría a alejarnos de la orilla, rumbo al centro del río, mi indica a mí que lo sostenga firme, sin moverlo, tal y como él lo había dejado. Con emoción marinera, cojo el palo del timón, mientras el marinero comienza ya a atar el extremo de la vela a una de las sujeciones, que permiten el desplazamiento de la cuerda. En segundos lo veo instalado junto al timón, el cual me dice que ya lo puedo dejar, que ahora él se hace cargo, me sonrío con un gesto de aprobación, lo que entiendo que había realizado correctamente tamaña tarea. Con su mano derecha controla el timón y con su mano izquierda la cuerda que sujeta la punta inferior de la vela.

Igual que una gaviota que descansa en la mar pero quiere seguir su desplazamiento, levantando una de sus alas para que el viento las empuje sin tener que hacer ningún esfuerzo, así la hermosa vela triangular de la faluca, se dejó enamorada abrazar por el viento, preñándose de aire, quedando tersa y barrigona.

Ligeramente inclinados a babor, la faluca comenzó a deslizarse por las aguas del Nilo. Hacía muchos años que no sentía la calma que es desplazarte impulsado por el silencio, por el aliento del viento. Junto a la sensación de moverte con el aire, me venía el recuerdo de aquellas otras navegaciones, -ya lejanas en la memoria-, cuando salíamos en un viejo velero por la desembocadura del río Santa Lucía en busca del gigantesco río de la Plata, buscando las alas de los grandes vientos que lo surcaban, incluso desafiando al frío y seco Pampero, que agitaba las aguas del gran río -Paraná-Guazú, río ancho como mar, para los guaraníes-, levantando agresivas olas.

Qué deleite para los sentidos, qué alegría para el alma, sentirte libre, empujado por el silencio mismo, convertirte en viento. El único sonido que me llegaba era el rítmico golpe de la proa de la faluca al chocar en su balanceo con las aguas del río.

Cerrando los ojos, disfrutaba de la caricia suave del viento, cuyo tacto era suave, su temperatura cálida pero refrescante, porque venía sudado de correr por las aguas frescas del Nilo. Seguía con los ojos cerrados, sintiendo el viento, el sonido del agua y agradeciendo igual que la barca, ese momento, con el balanceo místico de la faluca que navegaba sobre las aguas. Después de no sé qué tiempo, cuando abro los ojos, ya nos encontrábamos bastante distante de las orillas del río, en su zona casi central. Comienzo a ver los reflejos del sol en las aguas, que componían un cielo poblado por millones de estrellas que titilaban plateadas sobre las aguas. Cuánta cantidad de luz, me resistía a ponerme las gafas tintadas, porque eso era otro de los regalos, más exquisitos para mi, el llenar de luz mis ojos, el llenarme enteramente como un recipiente de cristal, con la luz de Ra desde el cielo y con la luz del espejo de Hopi.

Nos íbamos acercando a la otra orilla del Nilo y viviendo el silencio veía con claridad el vuelo de los ibis, -esas maravillosas aves zancudas, con un largo pico curvado, perfectamente adaptado para alimentarse de pequeños crustáceos que se protegen ocultos en los lodos del río, entre verdes papiros-, que al extender sus grandes alas, se convertían en barcos del cielo.

Hermosas aves, que los antiguos egipcios consideraban sagradas, tal y como los vemos representados en multitud de jeroglíficos y pinturas, tanto fue la admiración por esta ave, que incluso llegaron a momificarlas, para que acompañaran en su viaje al inframundo a faraones y nobles.

A parte de la hermosura y el encanto que me producía ver los ibis en su

espacio natural, -las riberas del Nilo-, algo más debían representar para este misterioso pueblo, porque con cabeza de ibis está representado el dios Thoth. El dios que, según los antiguos, le enseñó la escritura a los hombres, sabidurías tales cómo entender el tiempo y prever el futuro, enseñó también cómo moverse por las estaciones del año, misterios de la luna y las estrellas, fue el inventor de los números y las matemáticas, y de la magia. Era el dios que sabía utilizar la magia, que incluso los otros dioses y diosas, le consultaban o le pedían que le facilitara fórmulas o conjuros para obtener sus deseos. Tan poderoso fue Thoth, que su legado fue pasando a otras civilizaciones, como Hermes de los griegos, que luego derivó, ya en nuestros días, con grupos o religiones que dicen poseer y controlar los conocimientos “herméticos”, la magia, entendida como conocimiento sabio, tal vez la magia de vivir en varios universos a la vez, no esporádicamente sino conscientemente, en poder hacer “saltos cuánticos”, en la inmortalidad o en ser viajero de los mundos. Tan poderoso era este dios con cabeza de ibis, que muchas de estas “magias”, hoy las vamos encontrando en los estudios de la física cuántica.

Mientras mi mente volaba con los ibis o con Thoth, Imad, -que así se llama el barquero-, se levanta bruscamente, haciendo que la vela se “desinflen”, perdiendo velocidad la faluca, quedaban pocos metros para llegar a la orilla de donde sobresalía un rudimentario pero fuerte embarcadero construido de palos de madera. Me dice que él dirigirá la maniobra de acercamiento al embarcadero desde el timón, y que yo con el bichero bien cogido, que intente evitar el golpe del casco de la faluca con las maderas del muelle.

Con emoción, cojo con fuerza el bichero a modo de lanza para el ataque, cual caballero andante que embiste, ves a saber qué gigante o molino.

Me quedo un poco más tranquilo al ver que de las maderas del muelle

colgaban por la banda que nos acercábamos, dos neumáticos viejos, a modo de “defensas” para evitar impactos de graves consecuencias.

Entre una rectificación rápida del timón y la actuación del bichero, -manejado por mí- la faluca se detiene suave junto al muelle. Imad salta con agilidad felina de la faluca al embarcadero y me indica que le lance uno de los cabos que estaban enrollados justo a mis pies. Una vez con el cabo en la mano, Imad amarra el cabo a uno de los troncos que sobresalían del embarcadero, para dejar la faluca bien amarrada descansando después de la corta pero hermosa travesía impulsados por el viento, sobre el Nilo.

Delante nuestro se veía solamente un camino rodeado de tierra arenosa rojiza, que se perdía entre unos altos médanos estos si de fina y blanca arena. Imad, me explica que me acompañará hasta el poblado nubio y que él aprovechará para saludar a, -y esta parte no le entendí nada bien- un familiar o amigo o un amor oculto, de esos me imagino deben surgir fácilmente en las noches de luna llena contemplando el fluir del río.

Subimos el gran médano siguiendo el camino, que se distinguía muy bien por su color rojizo contrastando con el blanco de la arena del médano. En unos trecientos metros, coronamos la cima y se presenta ante nosotros, un conjunto de modestas casas de adobe, encaladas, que reverberaban a la caricia de los brazos de Ra. En un cálculo rápido, no eran más de doce construcciones, salpicadas por algunas palmeras, que le daban un encanto especial y me recordaban que esta entrando en un poblado nubio.

Mientras recorría las desordenadas callejas de tierra roja, miraba a sus pobladores, que indiferentes ante mi presencia, acostumbrados, del ir y venir de curiosos turistas, continuaban o con sus tareas o simplemente sentados en cuclillas frente a una casa, fumando con una pipa de agua. Gentes de piel muy

oscura, pero con facciones de cara afinadas, a diferencia de otras razas africanas.

Sus gestos serios y austeros, denotaban la altivez y el orgullo de ser descendientes de una etnia de míticos guerreros, que vendieron muy caro para sus enemigos el conquistar sus territorios. Descendientes de un pueblo, que una vez incorporados a los dos reinos de Egipto, nutrieron los ejércitos del faraón con magníficos guerreros, sobretodo expertos en el uso del arco. Ahora me venía a la memoria que tal vez fue uno de sus antepasados el arquero que lanzó la flecha que daría lugar a la fundación del pueblo abandonado de Jafra, escondido en el macizo del Garraf, y que así cuenta la leyenda popular jamás demostrada, o documentada, más allá del desierto, en el otro extremo de la mar Mediterrània.

Imad me indica una casa para que entre. Es de altas paredes de adobe pulcramente blanqueado, un gran portal, al cual se accede por tres escalones tallados en la tierra misma, un pequeño pasillo de unos tres metros, nos llevan a una puerta de dos hojas abierta de par en par, tocando las paredes. Se accede a un patio central el cual está circundado por varias estancias porticadas, en el centro del patio, una palmera frondosa que proyecta una fresca sombra sobre el patio. En las paredes de las estancias porticadas, hay bancos de piedras adosados a las mismas y recubiertos por alfombras de lana con vistosos colores rojizos y negros. Se acerca sonriente nuestro anfitrión, saluda animosamente a Imad, luego a mi con un gesto inclinando la cabeza, al cual respondo igual, me pregunta algo en árabe, cosa que no entiendo, mira a Imad, y este inmediatamente me lo traduce diciéndome que la pregunta es si acepto un té. Mi respuesta es afirmativa. Sonriente se retira diciendo algo y señalando una de las estancias porticadas, cuya puerta estaba cerrada, pero

que se veía muy acogedor los largos bancos de piedra con las alfombras de colores encima.

No fue necesaria la traducción de Imad, para darme cuenta de que debía dirigirme hacia allí para sentarme y esperar la llegada del delicioso té.

Al poco rato de estar sentados, viene una mujer con su velo negro, trayendo una pequeña mesa de madera, plegable, redonda, de color marrón oscuro intenso con lo que supuse estaba construida con alguna madera noble de la zona, rústica pero muy funcional y bonita, también estaba tallada en bajo relieves, representando figuras que imitaban la geometría de flores o frutos.

Me saluda con una ligera y respetuosa inclinación de cabeza, a la cual respondo y le doy las gracias por haber traído la mesa, saluda a Imad, creo que con un gesto un poco más familiar, pero sin murmurar nada. Una vez colocada la mesa se retira en el más absoluto silencio.

Casi enseguida pero esta vez, vociferando entre una sonrisa, aparece nuestro anfitrión con una bandeja redonda metálica la cual estaba finamente decorada con un fondo de cerámica, con dibujos geométricos concéntricos, de pequeños rombos combinados en azules y blancos que formaban las vistosas figuras. En el centro una brillante tetera, de bronce, con tres patas labradas, un pico en forma de “S” invertida, estrechándose hacia arriba para acabar con una bonita tapa labrada en forma de cono, la asadera también labrada en forma de luna menguante. Bordeando la tetera, tres vasos de bronce también, bien brillantes en su interior, de un dorado intenso. Su sencillez los hacía hermosos, porque eran un pequeño recipiente como si fuera una esfera cortada por su ecuador, y de pie un cono sin punta que aguantaba la media esfera. Este diseño le daba a los vasos un estabilidad a prueba de cualquier desequilibrante “patoso”.

Imad me dice que nos ha preparado un té verde con menta. Exquisito, y nada

mejor para beber en una mañana calurosa, en un poblado nubio, a orillas del Nilo. Sin duda otro placentero regalo de los antiguos dioses egipcios.

Saboreando el delicioso té, entablamos una agradable charla, casi más gestual que con palabras, porque Ankur -que ese es el nombre de nuestro anfitrión- hablaba solamente el árabe y el dialecto nubio, yo que no hablo árabe ni el dialecto nubio, dependíamos de las traducciones al rudimentario inglés de Imad, que intentaba yo entender con mi más aún rudimentario inglés. Total que los gestos y las expresiones corporales fueron supliendo las palabras orales, incluso utilizamos pictogramas, esquemáticos dibujos utilizando una ramita a modo de lápiz y como lienzo, el suelo de tierra roja.

Así con uno de estos dibujos fue que pregunté qué había sido de los formidables, terribles y venerados cocodrilos del Nilo, porque en lo poco que recorrí el río, no había visto ninguno, ni tampoco señales de peligro que alertaran su presencia. Imad y Ankur, me explicaron, no sin cierta tristeza en sus ojos, que desde la construcción de la presa de Asuán, y la creación del lago Nasser, estas formidables bestias, -auténticos dinosaurios de nuestro tiempo-, prácticamente habían desaparecido de las riberas del río. La causa, por excesiva caza, y sobre todo por la pérdida de su hábitat. Destino similar al de gran parte del territorio nubio, que fue inundado por las aguas del gigantesco lago. Recordaba Ankur que gran parte de su familia, fueron evacuados o expulsados de sus tierras y obligados a instalarse en poblados como el que estábamos y que él ya había nacido ahí. Sólo por una historia oral, transmitida de generación en generación, sabe Ankur que pertenece a un pueblo antiguo, tan antiguo que se remonta a épocas paleolíticas, sabe que en una época estos hombres de piel oscura, eran nómadas, que fueron luego diestros guerreros y que tuvieron dos faraones nubios -como fueron Meroe y Kerma-, que

gobernaron los imperios del Alto y Bajo Egipto.

Sin duda una historia para sentirse lleno de orgullo, pero también, una historia sumergida bajo los miles de toneladas de agua del gigantesco lago Nasser y un pueblo luchando en silencio por mantener en pequeños grupos de población, una cultura, pero sobre todo una lengua, -que se dice fue la primera registrada como tal en todo el continente africano-, amenazada, y en serio peligro de extinción. Eso sí que me pareció terrible, porque sería desaparecer una parte de la misma madre Tierra, sería desaparecer una sabiduría, que sirvió para la evolución de un pueblo, que creó un mundo, un estilo de entender y vivir lacocodrilos del nilo existencia humana.

Me encontraba tan bien, platicando con Ankur e Imad, que hubiera seguido tomando té y luego fumando placenteramente la pipa de agua que Ankur me estaba ofreciendo. Pero como se que en el resto del mundo, -digo esto porque en ese momento, nos encontrábamos los tres, en una laguna del espacio-temporal-, el regente es el tiempo lineal, decido mirar el reloj, que tenía sumergido en el fondo del pequeño bolso colgante que llevaba. Me quedaba poco más de una hora para regresar y estar listo en el atrio del hotel para la visita de las canteras de granito rojo.

Agradezco el grato momento vivido, el té y la “casi” pipa de agua que me quedó pendiente, me despido de Ankur y con la mano me despido de la mujer que nos trajo la mesa, la cual hacía sus movimientos, casi a escondidas, siempre en un segundo plano, mirando a Ankur, con un gesto como de solicitarle autorización, me devuelve el saludo en un tímido levantar la mano.

Imad se despide con tres besos de Ankur -y yo que pensaba que en territorios europeos, eran unos exagerados dándose dos besos, uno en cada mejilla, porque la costumbre en mis natales tierras americanas, es solamente un beso

de saludo, claro, por aquellas latitudes también solemos agregar el abrazo-, pero bueno los tres besos me parecieron....., eso, tres besos.

Sin correr pero acelerando el paso ya estábamos en la faluca. Listos para desandar el camino, ¡qué suerte la mía, volvería a disfrutar del placer de navegar en silencio sintiendo el viento en la cara, viendo los ibis, el sol sobre las calmas y poderosas aguas del Nilo!

Me despido de Imad, después de arreglar lo acordado económicamente, contentos los dos, nos estrechamos las manos, al estilo occidental.

Al ir alejándome del río, rumbo al hotel, soy consciente del enorme calor que estaba haciendo, seguramente deberíamos de pasar en varios grados los 40, porque sin humedad ambiente, me caían gotas de sudor por la cara, a pesar del absorbente turbante que llevaba. Pasaba el mediodía y Ra nos enviaba toda su potencia como lo suele hacer en los mediodías del trópico. Apuro el paso intentando llegar al hotel con tiempo suficiente para darme una reparadora y refrescante ducha.

Al llegar a la puerta del hotel, veo que hay un autocar encendido, con su conductor a punto para partir. Ya pienso lo peor, -me quedo sin ducha-. Efectivamente el grupo con los guías estaba listo para subir al autocar. Me quedaba sin ducha.

El tema era que adelantaban, a ser posible, la visita a la cantera, por lo tanto irían esperando la llegada de los integrantes del grupo, y si se conseguía reunirlos a todos unos minutos antes, se comenzaría con la visita. Según nos explicaron, hubo una avería en el paquebote que nos correspondía, para embarcar al atardecer y comenzar el crucero, descendiendo el Nilo desde Asuán hasta Luxor. Debido a esta avería, nos colocarían en otro paquebote, el cual tenía una hora de partida, más pronto que la que nos correspondía.

Después de la visita a la cantera de granito, y ver y tocar el impresionante obelisco inacabado, el cual seguirá durmiendo extendido en junto al resto de roca granítica, hasta una nueva edad geológica del planeta, completamente irrescatable para los seres humanos pero amado y querido por la madre Tierra. Cansado, y dormitando en el autocar, rumbo al puerto de Asuán, para embarcar en un paquebote.

Hasta ese momento los había visto de lejos, y aunque se les veía grandes, no imaginaba el verdadero tamaño de esos barcos. Son como enormes edificios de tres o cuatro plantas, a los cuales se les ha agregado una estrecha proa, y una mínima popa, que flotan y se mueven en las aguas tranquilas del río Nilo.

Al entrar, los mismos detalles ornamentales de cualquier hotel, incluso este tenía una hermosa escalinata de madera para acceder a la cubierta superior. En el mostrador de recepción, me entregan la llave del camarote que tenía adjudicado. Estaba en la misma cubierta que me encontraba, o sea con vistas casi a ras de agua. Yo seguía pensando en mi ducha, aunque agradecía el fresco aire acondicionado que tenía el barco. El camarote, fantástico, una amplia cama confortable, una zona con escritorio y silla, y lo más fascinante, un enorme ventanal que estaba a no más de un par de metros de la superficie del agua. La cama daba su cabecal al ventanal, con lo que pensaba, -después de la ducha, me estiraré boca abajo a escuchar música y mirar el río, intentando volver al tiempo plano, al tiempo convertido en los pequeños granos de arena de un reloj de arena.

Al venirme la imagen del reloj de arena y ver por el ventanal el eterno río, me llega la imagen de cómo representan los científicos cuánticos y los astrónomos modernos, lo que ellos llaman, los “agujeros de gusano”. Breves anomalías del espacio-tiempo-materia, que comunicarían puntos infinitamente distantes de

un espacio plano y lineal, pero que funcionarían como atajos casi instantáneos se consideramos y entendemos el espacio como un plano con varios dobleces ondulados. Con un espacio-tiempo, plegado, podríamos viajar y movernos por todo el universo en minutos de nuestro tiempo lineal, sin pensar en la vertiginosas velocidades que habría que tomar para hacer un viaje en tiempo lineal. Sería imposible, ya que por ejemplo para llegar a la estrella más cercana que tenemos, después del sol, claro, Alfa Centauri, tardaríamos cinco mil años viajando a la velocidad de la luz 300.000 kilómetros por segundo. Totalmente desestimable. Pero con un atajo, todo cambiaría.

Por eso pensaba en la forma del reloj de arena, es la misma forma con la que los científicos hacen la representación gráfica de los agujeros de gusano, dos conos tridimensionales, unidos por sus vértices.

Seguro todas estas reflexiones y pensamientos, me venían provocados por el intenso calor que había pasado durante el día, o tal vez por haber entrado en contacto con la magia de Thoth, al haberme quedado fascinado mirando los ibis del río.

Allí estaba yo, tumbado boca abajo, sintiendo mi cuerpo relajado, respirando con calma, absorto con la imagen del río.

Al ver que en poco comenzaría a atardecer, -Ra, ya con el nombre de Tum-, decido ir a verlo estirado en una de las tumbonas de la terraza del barco.

Subo con más personas, con las cuales íbamos intercambiando comentarios, y haciendo chistes relajantes, -por ejemplo no divertíamos con la traducción de los nombres escritos en jeroglíficos-. Hubo alguien que compró en una de las salidas libres, un papiro, moderno, en dónde estaban, representados los dibujos con la letra del alfabeto nuestro que le corresponde. Así mientras subíamos ala terraza, algunos repetían mirando el papiro, -así que yo soy “boca, pajarito,

búho, pluma....", a lo que alguien respondía, "a ver, boca, pajarito, pajarito...., dime una cosa....". Estallaban las risas inevitablemente.

El barco ya en lenta navegación se dirigía a las esclusas que nos permitirían sortear el desnivel de la primera catarata del Nilo, para seguir el descenso hasta Luxor.

Después de servirme un refrescante zumo de frutas, comparto hamaca con varios de los compañeros de viaje, para ver la puesta de sol, mejor dicho la entrada de Tum al inframundo para realizar su viaje nocturno, despedirlo y recordarle que mañana lo esperamos por el este ya como Kefhera.

Me tumbo, en la confortable hamaca de la terraza del barco, dispuesto a abrir mis sentidos y disfrutar del momento.

La primera sensación que percibo es el aire. No era exactamente viento o brisa, era como estar recibiendo, por todo el cuerpo, una fuente de aire cálido, un poco menos que cálido, tibio, similar a sumergirte en una piscina de aguas termales, pero estando totalmente seco. Esto daba una sensación de confort que superaba lo agradable para convertirse en placentero.

El ambiente, tibio, se iba llenando de perfumes del desierto y de las fértiles riberas del Nilo. Entre el suave y discreto perfume a ámbar, se mezclaban otras notas, que intentaba descubrir, tal vez, matices del jazmín de enredadera, o perfume de alguna fruta tropical, a veces, me parecía descubrir el perfume de mis amadas madreselvas infantiles, o el de las naranjas invernales. Era un perfume especial, tan especial, que quedó bien gravado en mi corteza cerebral, sabiendo que cada vez que huelo un perfume parecido, me transportaré automáticamente, al río Nilo, a un barco turístico, a una hamaca en la terraza, dispuesto a ver una puesta de sol.

Los sonidos que me llegaban, eran los propios, de una terraza en un barco

navegando por el río Nilo, es decir, conversaciones, risas, una cierta algarabía de personas, que disfrutaban el momento relajado y distendido. Pero poco a poco, las voces iban desapareciendo y me llegaba el eco, casi como un lamento, de la voz de un imán llamando a los fieles a oración. Afinando un poco más el oído, me llegaban voces completamente indescifrables, mezcladas con el rebuzno de borricos, clamando por el descanso nocturno.

Entrando cada vez más en el paisaje, recordaba lo que me sucedió, en un viaje a París, visitando el Museo de Orsay. En una de las salas de los pintores impresionistas, al detenerme frente a una pintura del gran maestro Van Gogh, en la que pintó una escena de trabajo en un campo de trigo, en la cual aparecían segadores, caballos arrastrando un trillo y niños correteando. A los pocos segundos de estar detenido frente al cuadro, fue como si hubiese abierto una ventana y sacado la cabeza fuera, bueno en este caso, como si la hubiera introducido dentro del cuadro, convertido en ventana. Además de ver la escena, comienzo a sentir las voces de las personas que estaban en la pintura, a percibir el calor del sol, escuchar el relincho de los caballos, todo, tal y como si la sala del museo fuese una casa y el cuadro una ventana. Me llegaban esas sensaciones con la misma distancia y profundidad que tenía la pintura. Me sorprendí tanto que cerré y abrí varias veces los ojos para averiguar si no eran alucinaciones mías. El hecho es que cada vez que abría los ojos, estaba allí mirando, sintiendo, oliendo y escuchando lo que acontecía fuera de la ventana. Me maravillé del enorme poder del gran maestro Vincent van Gogh, en haber sido capaz de encerrar en cada pincelada, no sólo unos colores o un trazo, sino todos los elementos sensitivos que son capaces de transportar a una persona a una escena pintada. Genialidad en estado puro.

Así como delante de la pintura, yo lo veía desde una ventana, estirado en la

hamaca de la terraza del barco, yo y todo mi ser éramos el paisaje.

A los olores, sensaciones y sonidos, de aquel atardecer, aparece el pintor, con su inimitable paleta de colores, el protagonista esencial, Ra, convirtiéndose en Tum, bien asesorado por la magia de Toth. Con tal vez la misma paleta de colores que utilizó Van Gogh, el aire, Ra, el cielo y las arenas del desierto, lucían de amarillo brillante, siendo el disco solar un plato de oro. En el horizonte de cálido resplandor dorado, se empezaban a recortar lejanas dunas del desierto, aún doradas, empezando ya a ensombrecerse. Los más cercanos palmerales, sí, se recortaban en negro tras el fondo dorado, igual que algún minarete que sobresalía de los poblados.



Girando en el tiempo sin tiempo, Ra, convertido en Tum, comenzaba a dejar su vestido dorado por el intenso rojo. La visión era espléndida, porque el disco rojo vivo y brillante de Tum, seguía en su fondo dorado. Es que debido a la sequedad del aire, le era imposible derramar su rojo por el cielo que lo circundaba. Lentamente, envolviéndonos en su pintura, Tum iba penetrando la tierra, que lo esperaba como cada día con la barca para iniciar el reto de navegar por el inframundo. Mientras tanto, Nut empezaba a tiernamente taparnos con su manta negra llena de luces con formas de estrellas.

Con Ra ya viajando por el inframundo, seguí envuelto en el tibio aire perfumado, preparado para el sueño, que nos invitaba Nut al mostrarnos tantas

constelaciones, planetas y estrellas.

Después de ser protagonista de una pintura, de estar en un cuadro, de vivirlo, decido ir a dormir, en la cómoda cama del camarote del barco. Mañana temprano, sortearíamos uno de los desniveles del río por las esclusas de la primera catarata, y poco después atracaríamos en Luxor, construida sobre las ruinas de la antigua Tebas.

Me despertó, la quietud del barco, estábamos detenidos o a una mínima velocidad. Descorro la cortina del ventanal de la habitación y compruebo que estábamos completamente detenidos en medio del río.

Tomo una ducha rápida, para acabar de despertarme, me visto rápidamente para subir a la terraza y pedirles a los camareros del bar que estaba ubicado en el centro de la misma, que me llenaran con agua caliente el termo de medio litro que tenía. Evidentemente para prepararme un delicioso mate, porque, como no podía ser de otra manera, me había traído mi mate, con la bombilla de plata y medio paquete de yerba, que era el cálculo que tenía de lo que necesitaría.

Una vez en la terraza, veo que nuestro barco era el tercero de una cola de barcos, que esperaban turno para entrar en el “cajoncito” de la esclusa, que nos haría cambiar de nivel, a uno más bajo, del río. Por lo que veía era una operación, con cierta complicación y por lo tanto lenta. Primero se entraba el barco en una especie de caja metálica, en la que la puerta final estaba cerrada, -todo esto en estructuras metálicas muy sólidas-. Luego, una vez instalado el barco, se cerraba la puerta por la que había entrado, y lentamente se lo veía descender, al ir expulsándose el agua de la “caja”. Cuando el barco se encontraba al nivel que continuaba el río, se abría la puerta delantera, listo para seguir la navegación a su próximo destino. Sin dudas, maravillas que nos

da la técnica moderna, permitiendo hacer navegable el río más largo del mundo, al poder sortear los desniveles naturales.

Tomando mi mate tranquilamente, miraba las maniobras del barco y del personal de tierra, ya con mi mente puesta en Luxor.



Durante la comida, navegando hacia Luxor, comentaba con uno de los guías, la magia especial del complejo de los templos de Luxor y Karnak, unidos por una fabulosa avenida, de esfinges criogénicas, -figuras con cuerpo de león y cabeza de carnero con cuernos encargolados-, -que era el símbolo del dios Amon, en sus dos facetas: Amon – Ra-. La conversación se comienza a centrar en la gran cantidad de energía vital, o telúrica que debía contener o comunicar estos templos, contruidos expresamente en este lugar. Le explicaba, que por mi trabajo, me dedicaba a la utilización de técnicas, basadas en meditación o utilización de energías sutiles, del cuerpo, como puede ser el Reiki -el cual maneja la energía para equilibrar procesos anómalos en las funciones normales de los seres vivos-. Comentábamos que si nos fijamos en muchas de las pinturas egipcias, los dioses o faraones, que aparecen, la mayoría de las veces están en posición erguida, con las manos levantadas a la altura de la cabeza, y las palmas de estas dirigidas a otro personaje que suele estar de espaldas a este. Le comentaba que esta es una de las típicas postura de las manos en una sesión de Reiki, cuyo fin es enviar energía equilibradora o sanadora a otra persona.

Comentábamos, que yo personalmente, no tenía ninguna duda que los antiguos egipcios, tenían un conocimiento similar y que utilizaban técnicas de sanación y de equilibrio, basadas en flujos de energía, que ellos para hacerlo entendible, lo representaban en cualidades de dioses, la mayoría de estos representando también las cualidades de uno de los animales de los cuales tomaban la cabeza.

Le comento al guía que estaría muy bien poder hacer una meditación en el templo de Luxor. Inmediatamente este, el guía, me informa, que después de la visita, explicaciones y recorrido, quedan unas dos horas libres, en que los turistas podemos o bien seguir en los templos, o como la mayoría recorrer Luxor en calesa o haciendo compras por las tiendas de la ciudad. Le manifiesto que me quedaré en el templo, durante esas dos horas libres y practicaré una breve meditación. Es cuando me dice porqué no proponerle al resto del grupo, participar de esa meditación. Le respondo que evidentemente no conozco para nada a las otras personas y que no se si les puede interesar una proposición de este tipo.

- ¿Qué te parece si antes de acabar la comida, me levanto, dirigiéndome al grupo, en el comedor y les digo que tienes intención de hacer una meditación en el templo de Luxor, durante el tiempo libre que se dispone? -me dice Jalit, el guía.

- Hombre, sería estupendo, si podemos ser unos cuantos, -le respondo-.

- Lo que podemos hacer, cuando comuniquemos esta propuesta, es decirles que para poder identificarnos, evitando así hacer listas o comentarios, que todos los interesados que quieran participar en la meditación, vengan con ropas blancas, si puede ser, pantalón, camisa o camiseta blancos, o como mínimo un máximo de prendas de color blanco. - le digo a Jalit, muy animado-

Tal como lo planificamos, Jalit, antes de acabar la comida, se levanta, pide que le presten atención un momento, que quiere hacerles una propuesta.

Concluye: -"....los que quieran participar, cuando salgamos para la visita a las cuatro de la tarde, vengan vestidos de blanco, para saber que están de acuerdo".

No sabíamos a cuantas personas les interesaría, o querrían participar, pero lo que sí tenía claro porque así lo sentía, era que sobre el Nilo, a las puertas de Luxor, había nacido el Grupo Blanco.

Antes de desembarcar, me vestí con camiseta blanca, pantalón blanco, largo de algodón y por supuesto el pañuelo de Asuán en la cabeza a modo de turbante. Mientras caminaba del puerto hasta la entrada del templo de Luxor, -que era donde habíamos quedado de encontrarnos con el guía para comenzar la visita- iba sintiendo mis pasos, siendo consciente que estaba entrando en suelo sagrado. Lugar que fue considerado así, -sagrado- por absolutamente todos los seres humanos que lo habitaron, incluso hasta hoy día, ya que sobre una de las murallas del templo de Amon-Ra, está en activo al culto, una mezquita.

Una enorme inmensidad de paz y calma, me iban rodeando. Para darle el broche de oro al momento, en un momento que miro al cielo, veo un hermoso halcón -el dios Horus-, volando en círculos sobre el templo de Luxor.

Al llegar a la entrada del templo, y apreciar el pilono, -pórtico gigante, con forma de pirámide truncada- que daba acceso al gran patio solar, miro maravillado las dos figuras sedentes de Ramses II, que franquean la entrada. Un poco más adelante un esbelto obelisco, -cuyo doble o par fue expoliado y hoy se encuentra en la Plaza de la Concordia en París-, tal vez, continúa emitiendo o recibiendo mensajes de algún otro plano, o alguna otra dimensión

del misterioso espacio-tiempo.

Mientras miraba el obelisco, veo que está nuestro guía, esperándonos con cinco o seis compañeros del grupo, -todos vestidos de blanco-.

Conforme iban llegando los que compartíamos excursión, mi sorpresa y la de Jalit, era que todos, estábamos vestidos de blanco.

Comenzamos la visita guiada, atendiendo a las explicaciones de Jalit. Los milenios pasaban ante nosotros como si nos moviéramos con saltos del caballo de ajedrez.

Ya acabada la visita, reglada, y comenzar nuestro tiempo libre, nos dirigimos al sitio más sagrado del templo, al lugar en dónde solamente estaba permitido entrar, al faraón y a los sumos sacerdotes, -nadie más tenía acceso-. Este lugar es el Santuario de la Barca.

Cada año los antiguos egipcios, realizaban una procesión, para celebrar la festividad de Opet. En esta celebración, trasladaban desde el vecino templo de Karnak, siguiendo el camino flanqueado por efigies con cuerpo de león y cabeza de carnero, las barcas sagradas de los dioses Amón, Mut y Jons. Pero era cuando la barca de Amón-Ra, -el dios imperial-, llegaba al santuario central, daban comienzo “los ritos secretos de la renovación del mundo”. Celebraban la eterna repetición cíclica del proceso de la creación. A este lugar, enigmático, -sobretudo por el desconocimiento que tenemos en la actualidad de la verdadera dimensión del mismo-, también se le llamaba “morada de la primera vez”.

Con la autorización de los cuidadores del templo, comenzamos en silencio a formar un círculo -eramos treinta y cinco personas, todos de blanco-, en torno al pedestal en donde era colocada la barca.

Nos cogimos de las manos, creando así la enorme fuerza del círculo, en donde

cada punto es único e imprescindible, sin principio ni fin, simplemente cíclico y eterno. Convenimos cerrar los ojos e ir siguiendo cada uno atentos su respiración. Sentados sobre los enormes bloques de piedra del pavimento, notábamos el calor de la piedra que nos iba armonizando con la potente energía del lugar.

Desconozco completamente cuales eran los ritos secretos que practicaban los antiguos egipcios, pero lo cierto es que después de agradecer este encuentro, pedir permiso a las fuerzas telúricas del lugar y manifestar nuestra intención de máximo respeto, empezó a circular en el círculo formado por la unión de las manos, un agradable cosquilleo, -sentido por todos-, que nos fue llenando de fuerzas. Llegamos a un punto en que el estado de vitalidad era tal que hubiésemos podido saltar o correr sin prácticamente esfuerzo.

Estuvimos así por más de media hora -de tiempo lineal-, aunque en el espacio del no tiempo, nos movimos por varias dimensiones.

Tal fue el impacto recibido por muchos, -sobretudo aquellos que no habían practicado nunca técnicas de relajación y/o de meditación-, que a la noche, fumándonos una pipa de agua en la terraza del barco, los comentarios eran de haber vivido sensaciones, y percepciones, que jamás en la vida habían tenido. Momentos de una enorme alegría eufórica, y luego una enorme sensación de paz, la paz profunda, la paz que te dice que todo absolutamente todo, está bien, la paz de saber que el Universo y tú somos UNO.

A partir de ese momento, se creó, a nivel de todo el grupo, una sensación de unión, de complicidad alegre, que se mantuvo por el resto del viaje. Nos pasamos a denominar “El Grupo Blanco”, Jalit y el resto de los guías así nos llamaban. Todos estábamos orgullosos de pertenecer al Grupo Blanco. Lo que sí, tenía claro que allí en el Santuario de la Barca, “la morada de la primera

vez”, aquel cosquilleo agradable que nos recorrió a todos mientras formábamos el círculo, nos dejó algo, algo importante y es la capacidad de que nuestros corazones, puedan y sepan, revestir todas las cosas. Una gran experiencia de amor, que ya no nos ha abandonado nunca.

Después de fumarnos unas buenas pipas de agua, ver el cielo estrellado de la noche de Luxor, o la antigua Tebas, dormimos como se suele decir, “como troncos”, un sueño maravilloso, tal vez porque hoy despiertos traspasamos una puerta, utilizando el Ankh, sin duda.

Por la mañana, realizaríamos visitas al templo de Karnak y luego desplazamiento al Valle de los Reyes, -lugar donde están las sepulturas de los más famosos faraones, entre ellos Tutankamon-.

Recorriendo la avenida con las esfinges de cuerpo de león y cabeza de carnero, rumbo a Karnak, pensaba en una lectura que hablaba de una diosa, con cuerpo de mujer y cabeza de leona, la diosa Sekhmet. Según lo que había leído, esta diosa fue creada por Ra, para castigar a los hombres, por burlarse de él. Creo así lo que sería la señora de la guerra, la devoradora, la destructora de todas las cosas negativas. La diosa que era capaz de derrotar, cualquier enemigo, desde enfermedades hasta la misma muerte. Implacable y mortífera con sus enemigos, pero fiel protectora con sus seguidores.

Sabia que en Karnak, había un templo dedicado a ella, pero no estaba dentro del circuito previsto. Le pregunto a varios guardias si me podían indicar dónde está el templo de Sekhmet, pero ninguno me lo sabía indicar. No cesaba en mi intento, hasta que por fin uno de los guardias que estaba en un sector apartado de los circuitos turísticos, me hizo un ademán que lo siguiera. Recorrimos pasadizos entre piedras de templos y columnas dispersas por el suelo, alejándonos del resto de turistas que seguían el camino marcado en dos

direcciones como una gran calle de cualquier gran ciudad. De pronto, de entre unos pequeños templos semiderruidos, surge uno en muy buen estado. Mi guía eventual, me abre una puerta de rejas de hierro, con el enorme llavero de aro, que contenía infinidad de llaves muy grandes. Me indica que entre, y que continúe un estrecho pasillo hasta el final, y luego mire a la derecha. Alga vacilante, por no saber a ciencia cierta, donde me estaba metiendo, sigo las instrucciones del guardia. Cuando llego al final del pasillo y mirar a la derecha, la veo. Allí estaba, delante mio la mismísima Sekhmet, la temible diosa. De pie, con sus más o menos dos metros y medio de alto, con el pie derecho más avanzado, -como todas las esculturas de pie hechas por los egipcios-, tallada en granito negro.

En lo primero que reparo es en la integridad de la escultura, quiero decir que a diferencia de todas las anteriores que vi, representando dioses o faraones, estaban mutiladas e incluso algunas irreconocibles, a la que no le faltaba un mano, le faltaba un brazo, un trozo de la cara, o la cabeza, seguramente mutilaciones fruto de las sucesivas invasiones, de otras culturas que querían imponer sus dioses, a costa de destruir los autóctonos. Pero esto con la imagen de Sekhmet, no había pasado, ahí estaba, sin un rasguño, irradiando la misma fuerza que seguramente tuvo siempre a lo largo de los siglos, -milenios-.

Era comprensible, porque al ver la imponente figura, sientes un sobrecogimiento del corazón, hasta un controlado temor. Con esa irradiación no creo que se animara ningún soldado o sacerdote invasor a mutilar o infligir un daño a tan hermosa escultura.

Un fuerte y atractivo cuerpo de mujer, con cabeza de leona coronada por un disco solar, símbolo de ser hija directa de Ra. Pero lo más impresionantes era su mirada, aunque tallada en piedra, aquellos ojos te miraban atentamente,

sabiendo tus intenciones. Ha sido la escultura en granito negro y en otros materiales también con más vida que jamás había visto. Porque sí es cierto que hay esculturas de grandes maestros como Miguel Ángel, Rodín, Bernini, etc. que le dieron a sus esculturas aquella alma, de la figura que querían plasmar, en su conjunto, pero los ojos de piedra de Sekhmet, te miraban. Dicho así parece increíble pero sin dudas fue una de las más grandes experiencias de este viaje. Descubrir que la diosa Sekhmet tiene.....vida propia.

Agradecí al guardia, con un gesto de colocarme la mano derecha sobre el corazón, -saludo que había visto hacer en más de una ocasión-, me respondió de igual manera, y su mirada hacia mí era totalmente distinta, era una mirada de respeto cómplice, pero tal fue mi asombro, que no aceptó las monedas que le entregaba por el "detalle" extra que tuvo hacia mí, llevándome al templo de la diosa leona Sekhmet.

Casi corriendo, atravesé la avenida de las efigies, porque faltaban pocos minutos para que un autocar nos llevara hasta el Valle de los Reyes.

Instalados cómodamente en el bus, estábamos el Grupo Blanco y más personas. Era tal la camaradería que se instaló entre el grupo, que algunos de los turistas, con los cuales se completaban las plazas del autocar, nos preguntaban si pertenecíamos a algún colectivo o asociación, que realizábamos un viaje conjunto. Ojos de sorpresa incrédula ponían cuando les decíamos que nos conocimos en este viaje, y que cada uno veníamos de sitios diferentes y todos teníamos profesiones diferentes. Durante el viaje, todavía se sentían comentarios, dentro del grupo, de la increíble experiencia de la meditación en el Santuario de la Barca del templo de Luxor.

El Valle de los Reyes, el lugar elegido por la gran mayoría de faraones, para la morada final de su cuerpo, es un valle, sin río, surcado por caminos de piedra y

arena, rodeado por áridas montañas de piedra rojiza. Un lugar desértico, mirando a Luxor – Tebas y el río Nilo, que se intuye lejano, por el intenso calor que se siente, calor provocado al absorber la piedra toda la intensidad de los brazos de Ra, funcionando como un inmenso horno de piedra.

Los guías nos dicen que los faraones eligieron ese lugar tan inhóspito, para evitar el acceso de los saqueadores de tumbas, o por lo menos dificultárselo, ya que prácticamente todas las tumbas fueron saqueadas a excepción de la tumba de Tutankamon, que se mantuvo oculta por 3.500 años, hasta su descubrimiento y apertura por Carter en el 1922. Al abrirse esta tumba, nos pudimos acercar en algo el concepto o el conocimiento que tenían los antiguos egipcios sobre la vida y la muerte.

Consideraban la muerte, como algo inexistente, simplemente era un nuevo ciclo que te llevaba a “vivirlo” en otro plano, en otra dimensión del espacio-tiempo-materia.

Estas creencias, los llevaron a expresar el universo con dos energías predominantes, el Ka y el Ba. Son dos conceptos que no pueden vivir uno sin el otro, que se sustentan y se retroalimentan, igual que nuestros conceptos actuales de de espacio y tiempo, no pueden existir el uno sin el otro.

El Ba, es la fuerza espiritual, la que deja el cuerpo al morir este, convirtiéndose en una especie de energía mediadora, entre el hombre y los dioses, es un vehículo transportador para poder comunicarnos con otros planos, otros mundos. Pero a su vez, este Ba, necesitaba de un Ka, que era la parte física, el cuerpo del difunto. Lo necesitaba para regresar a él periódicamente para “recargarse”. Por eso consideraban que si se destruía el cuerpo, se eliminaba automáticamente el Ba.

A este dilema, le dieron la solución de la momificación de los cuerpos, para

asegurar así que el Ba, siempre encontraría, “su” cuerpo, en donde a modo de “cargador”, podría venir a volver a coger fuerzas, para seguir su viaje por los insondables mundos.

También fueron previsores, pensando que los cuerpos por diversas razones, podían desintegrarse y perderse así el Ba para siempre. Ante esta amenaza, en las tumbas, construían lo que llamaban “puertas falsas” y estatuas del difunto, a imagen y semejanza del mismo en vida. Así el Ba, podía encontrar el camino para unirse a ese vínculo material, que necesitaba, para seguir su existencia.

Pensaba que esta civilización, no había elegido el Valle de los Reyes, por su inaccesibilidad y ocultación, sino que está ubicado en la zona de Luxor, uno de los lugares de fuerza telúrica del planeta, uno de los lugares “sagrados”, desde siempre, desde que los seres humanos comenzamos a expandirnos por la tierra. Esos lugares, en dónde ponemos un menhir, un obelisco o un templo y amplificamos algo, o recibimos algo, etéreo, potente, algo que desde el silencio, nos dice y hace girar en un todo, en este mágico baile de las esferas.

Energías que nos hacen fluir, como el Nilo y nos hacen regresar constantemente de todos los viajes emprendidos, igual que mi amigo Polito, el pingüinito viajero.



Con estos análisis, sobre la vida y la muerte, me iba sintiendo cada vez más agradecido de poder estar haciendo este maravilloso recorrido, que me estaba enseñando tanto, y que tanto esta disfrutando.

De regreso al barco, había que preparar el equipaje, porque a la noche marcharíamos por vía aérea, rumbo a la ciudad de El Cairo. Volaríamos desde el aeropuerto de Luxor hasta la gran ciudad de África con sus casi dieciséis millones de habitantes. Daba vértigo pensar, en tanta cantidad de personas compartiendo una sola ciudad.

Con calma y tranquilidad, adquirida, creo, después de haber vivido, visto y sentido, una nueva calidad del tiempo. Es que había llegado a la conclusión, totalmente demostrada que si queremos, y tenemos programado realizar múltiples cosas, no las podemos ceñir al tiempo lineal escalado, es decir como si nos moviésemos sobre una regla gigante, con sus centímetro y milímetros bien marcados. Si nos movemos en ese concepto, nuestras actitudes, tienden a ir cada vez más deprisa, a acelerar nuestros movimiento, es decir a lo que vulgarmente llamamos, “ir corriendo”, “ir de bolido”, “ir con la lengua afuera”. Si nos movemos así, el tiempo se acelera, miramos el reloj y constatamos que se nos ha “ido”, que ha “pasado” y que poco y nada de lo que teníamos que hacer hemos conseguido hacer.

Por lo tanto, decido moverme lentamente, repasando las actividades o las cosas que tengo que hacer, recoger o guardar, partiendo de la convicción que absolutamente todo lo programado, será realizado. Saber que si un día tenemos que coger un avión, que para llegar al aeropuerto, tienes que atravesar una ciudad de tráfico intenso, -con lo cual tienes grandes posibilidades de quedarte en un atasco, o sufrir un pequeño accidente-, al moverte con calma y lentitud, los caminos de tu entorno, se despejan, no hay nada que los obstruya, -porque tu mente fluye, no está obstruida-, entonces tu vehículo, el que te transporta al aeropuerto, ya se coche particular, taxi u otro transporte público, fluirá por las calles de cualquier caótica ciudad, sin

“contratiempos” -me encanta fijarme en la anterior palabra, que utilizamos constantemente, es decir si no hacemos las cosas o llegamos tarde, es porque hemos estado yendo “contra el tiempo”, no a favor del mismo fluyendo como el río Nilo rumbo a su delta en el mar Mediterráneo-.

Con la calma y la tranquilidad, correspondiente, ordené mi equipaje, me di una ducha, subí a la terraza del barco para despedirme del amable personal, que nos había tratado tan amablemente, y me dispuse a encontrarme con el resto del Grupo Blanco, para subir al autocar que nos llevaría al aeropuerto de Luxor, para coger un avión rumbo a la ciudad de El Cairo.

Desde la ventana del bus, la noche de Luxor, resplandecía, con todos sus monumentos iluminados, resaltando el dorado de las piedras del templo de Luxor, con las imágenes de Ramsés II y el imponente obelisco, en el negro oscuro de la noche.

Mientras pasaban las luces del paseo de la ribera del Nilo, con los enormes barcos completamente iluminados, iba pensando que llegaríamos a El Cairo pasad medianoche, y que era una lástima, no poder ver las pirámides desde el aire y la enigmática esfinge, ni el entorno desértico de la gran ciudad. Pero bueno, mañana a primera hora y después de desayunar iríamos al campo de Guiza, a ver y entrar en alguna de las tres pirámides.

Como el vuelo sería nocturno, aprovecharía para dormir algo o tal vez, comentar experiencias con los compañeros del Grupo Blanco.

El embarque, al avión, fue bastante rápido y ágil, -estábamos realizando un vuelo “interno” y por tanto no eran necesarios tantos controles-. Los asientos, no iban por orden de numeración, sino que al subir, te ubicabas en el primer lugar que estuviera libre. Así fue que conseguí sentarme en uno de los asientos más deseados, por pura casualidad, era en ventana, sobre la primera fila de

seis asientos, con un pasillo central, la cual era la primera fila después de pasar la puerta delantera de embarque del avión.

Inmejorable situación para poder ver el paisaje, y otra vez el pensamiento, -vaya suerte la mía, me toca este lugar, que normalmente nunca lo tenía, supongo por el tipo de billete, más económico que compraba, para hacer un vuelo nocturno, que no voy a ver nada-. De hecho podría ir viendo las estrellas, desde una latitud más sur de la que estaba acostumbrado, y al ir en un avión, evitaría el posible obstáculo de las nubes, sin dudas un mapa distinto estelar, -a ver las que era capaz de identificar-.

Una vez pasado el ritual de seguridad, explicado por el personal de cabina de la aeronave, empezamos una frenética carrera hasta remontar vuelo. Mientras el avión trepaba por el aire, veía como se alejaban las luces del aeropuerto, y algo más atrás los templos de Luxor y Karnak iluminados en la noche.

Una vez estabilizada la nave, que aunque esta vez, el comandante no dijo la altura a que volaríamos, calculé que estaríamos sobre los cinco mil metros, a juzgar por las luces que se divisaban al ir bordeando el Nilo.

Imposible dormir, además el vuelo sería de poco más de una hora, los amigos del Grupo Blanco, comenzaron a transitar por el pasillo del avión, algunos rumbo a los aseos, otros simplemente se levantaban para detenerse un rato, con los brazos apoyados entre asiento y asiento, para hablar o comentar algo con gente del grupo.

Después de haber hablado con unos cuantos, sobre temas del viaje, -qué nos pareció el servicio del barco, la pericia de los guías, el “peligro” que se percibía en las carreteras, por la forma de conducir de los egipcios, que efectuaban adelantamientos temerarios, que en Europa, eso te podía llevar a la retirada del permiso de conducir, o peor aún a la cárcel,...-. Aunque menos, pero

también se comentaba, los pocos recursos económicos, que se veía, con los que la población egipcia actual tenía que vivir. Los enormes contrastes sociales, con barrios cercados, de máxima seguridad, con mansiones y casas que denotaban un alto nivel económico de sus habitantes, y por otro lado una inmensa mayoría viviendo en casas tremendamente sencillas. Pero en donde se percibía perfectamente el nivel económico, era en los mercados, los mercados que utilizan comprando o vendiendo las personas del lugar, no me refiero a los “mercados” para turistas -porque eso es un mundo aparte y artificial-.

Al recorrer las calles de Asuán o Luxor y entrar en el mundo en que vive el pueblo egipcio, se notaba pobreza, aunque una gran dignidad y altura de sus gentes. En los mercados, se ofrece todo al natural, las verduras o frutas, expuestas en cestos, al igual que los granos, algunas leguminosas, animales vivos, cabras, corderos, gallinas, alguna carnicería, exponiendo las piezas de carne colgadas de una cuerda atadas a un árbol, o simplemente expuestas sobre una madera plana sobre caballetes a modo de mesa.

No se veían paradas o puestos con artículos como ropa o maquinaria, o artilugios, de esos que muchas veces no sabemos bien para qué sirven, esto me indicaba que los mercados populares, eran de estricta “supervivencia”, que en esa sociedad, no había o no podían tener lugar para el “consumismo”, para el derroche.

Este nulo acceso a los “bienes de consumo” por parte de la población y el contraste, de la opulencia y el derroche, que pasaba delante de sus ojos, ya fuera en los “barrios amurallados”, o en las “zonas turísticas”, pensaba, que podía estar creando un malestar, o un creciente descontento entre la población más humilde, pudiendo derivar en algún tipo de estallido social.

Lamentablemente, al cabo de no mucho tiempo, estas apreciaciones, fueron superadas por la realidad.

Ubicado en mi asiento, intento buscar a través de la ventana del avión alguna estrella conocida, pensando que los antiguos egipcios construyeron las tres pirámides de Giza, en la misma posición en que se encuentran las tres estrellas del cinturón de la constelación de Orión, -Alnitak, Alnilam y Mintaka-, en relación al río Nilo. Con qué finalidad, -aunque suponemos ahora, que hicieron todos estos cálculos, para marcar el paso a los cielos del faraón después de muerto- realizaron tan enorme obra de ingeniería, con ajustadísimos cálculos astronómicos y matemáticos. Se ha comprobado en la actualidad, retrocediendo en la historia geológica del planeta, que en la época que se planificaron las pirámides, el cielo que se observaba en ese momento coincide, con la representación del río Nilo como la Vía Láctea y las tres pirámides con la ubicación que tenían en esa época las estrellas Alnitak, Alnilam y Mintaka, que forman el cinturón de Orión.

Ahora nos parece bastante increíble, -con nuestros parámetros y valores actuales-, que alguien, por más poderoso que fuera, en este caso los faraones, hicieran construir, con tanto esfuerzo y utilizando los más sofisticados estudios matemáticos, unos monumentos exclusivamente con finalidad “funeraria”. Sin dudas es algo que nos asombra, alimenta nuestra imaginación y en el fondo nos deja una duda, un no saber, un sentir de que hay algo que se nos escapa, o simplemente se perdió en la niebla interpretativa de la historia. Tal vez al plantearnos ahora estas dudas, estemos realizando un camino de regreso. Regreso a casa, el retorno de Ulises a Ítaca, el haber dado la vuelta, y comenzar el descenso por el círculo en forma de gota del Ankh, la llave de la vida, y estemos llegando al punto de unión con otros parámetros de espacio-

tiempo-materia.

No lo se, pero sí me estaba dando cuenta, que este viaje, me estaba poniendo al unísono en diversas cuadrículas del tablero de ajedrez, ora blancas, ora negras, y me estaba moviendo a lomos de la figura del caballo.

Un sonido diferente de los motores de la aeronave, -que por cierto era en este caso un Boeing 737- me indica que comenzamos a perder altura, no había duda que comenzábamos la aproximación al aeropuerto de El Cairo. Un aviso del comandante por megafonía, corrobora mis suposiciones, ordenando ajustar los cinturones, colocar los asientos con el respaldo en posición vertical, y no levantarse de los asientos.

Sin haber visto estrellas conocidas, y pensando que intentaría ubicar las luces de la gran ciudad de El Cairo, lamentando no poder ver el complejo de Giza, ya que era ya casi la medianoche, -comienzo a hacer automáticamente los puntos ordenados por el comandante-.

El Boing 737, continuaba descendiendo con suavidad, y sí, empezaba a divisar las luces amarillas de las calles de la ciudad.

Pero de pronto, al mirar a mi derecha, con asombro, alegría, incredulidad, hasta algo de susto, veo las tres pirámides, Keops, Kefrén y Micerino, iluminadas de color rojo.

No pude evitar una exclamación, llevó a los viajeros que estábamos de ese lado del avión, a volcarse a mirar por sus ventanas.

El espectáculo era tan hermoso, emocionante y sobrecogedor, que sentía como los ojos se me iban humedeciendo hasta convertirse en lágrimas. Emoción que sentía al ver la tres pirámides en el negro del desierto nocturno, iluminadas de rojo, que empezaba a cambiar al verde y luego al blanco, para volver al punto de partida del rojo. Emoción porque sentía junto con la visión de las pirámides,

la sonrisa complaciente, afectuosa, generosa de Hathor, Isis, -sin duda Toht- y por sobre todos Ra, custodiado y protegido por su temible hija Sekhmet. Emoción porque era algo que no pensara que iba a ocurrir. Yo quería ver las pirámides desde el avión, al llegar a El Cairo, pero sabía que no podía ser porque el vuelo era nocturno, pero por algo que en ese momento sólo la magia podía explicar, esta viendo iluminadas alternando en tres colores, a las tres pirámides de Giza.

Mientras el Boein 737, se acercaba inexorablemente a la pista de aterrizaje, girando la cabeza, seguía disfrutando del espectáculo, -sin pensar el porqué estaba viendo las pirámides iluminadas-. Pero aún, hubo tiempo suficiente, antes de tocar tierra, de ver la Efigie de Giza, también iluminada, en rojo, verde, y blanco, allí estaba el cuerpo de león estirado con cabeza de hombre, luciendo el clásico tocado egipcio de la época de los faraones.

Retuve ese momento de emoción y felicidad, que entrando por mis ojos, húmedos, se iba alojando para siempre en mi corazón. Agradecido, contento y consciente del regalo tan maravilloso que se me estaba brindando, volvía a pensar que era bienvenido, que estaba en casa.

Palpitando el corazón de alegría y felicidad, ni me enteré cuando el Boing 737, tomó tierra, casi ni percibí el impacto de las ruedas sobre la pista, sólo “empecé” a volver al plano de las “tres dimensiones”, al sentir el intenso ruido de las turbinas invirtiendo la rotación para frenar la aeronave mientras corría por la pista.

Sonriente y eufórico, no paraba de comentar lo vivido, con los integrantes del Grupo Blanco, mientras hacíamos la cola para, -esta vez sí- control de pasaportes, -supongo que era porque nos encontrábamos en un aeropuerto internacional de importantes dimensiones y punto de confluencia de vuelos de

prácticamente todo el mundo-.

Como los guías no habían realizado el mismo vuelo que nosotros, -me parece recordar que nos dijeron que los cambiaríamos al llegar a El Cairo-, no había nadie del lugar, que nos informara sobre, “eso de las pirámides iluminadas”. Las suposiciones y conjeturas, eran interminables y hasta algunas disparatadas. Pero yo, fuera la que fuese la explicación “real” que encontraríamos, veía detrás de lo que había disfrutado, la actuación de los dioses del antiguo Egipto, a los cuales, sin dudarlo un momento les había abierto las puertas de mi corazón. Igual el Ankh, tuvo algo que ver.

Después de haber sorteado los tramites aeroportuarios, nos dirigen a una de las salidas, en donde nos espera el autocar que nos llevará al hotel.

La temperatura nocturna en El Cairo es de unos 28º C., contando la baja humedad ambiente, resultaba placenteramente agradable, hasta no daba ganas de subir al bus con el fresco aire acondicionado, a veces puesto excesivamente frío.

Mientras recorría el autocar las calles de El Cairo, rumbo al hotel, que estaba situado en las afuera, -por lo tanto debíamos casi atravesar la ciudad-, observaba el tráfico, -a pesar de la hora, se le veía caótico-. De vez en cuando, aparecía una plaza, o plazoleta, con un monumento a algún faraón, -casi todos eran de Ramsés II, porque fue el que gobernó más tiempo (unos 66y años) y el que extendió más el imperio con sus conquistas (sus ejércitos llegaron hasta la misma Babilonia)-.

La ciudad, semi dormida, se la veía enorme, con su alumbrado público, de luces amarillas, que le daban un aspecto lúgubre, triste tal vez, que sólo el reflejo de la luz amarilla sobre la calzada y los edificios, es capaz de producir.

Entrando al hotel, el cual me gustó mucho, porque tenía un gran atrio de

recepción, con columnas blancas, a modo de bosque, y en cada una de ellas, unas grandes macetas de cerámica blanca con finas y esbeltas palmeras. Ya sea por las palmeras, o por las columnas, lo cierto es que se respiraba un aire “vintage”, de finales del siglo XIX, y daba la impresión que te ibas a encontrar a alguno de los grandes exploradores de África en cualquier momento.

Mientras efectuaba el trámite del registro en el hotel, pregunto al recepcionista, en mi precario inglés, a qué se debía que las pirámides estuvieran iluminadas por la noche, quería acabar con el misterio, sonriente me responde, que todas las noches en el recinto de Giza, se realizaba un audiovisual, en el que se proyectaban juegos de luz sobre las pirámides y que incluso, la Esfinge era reconstruida su cara con el efecto de luz proyectado sobre el monumento, el espectáculo, lo repetían varias veces en diferentes idiomas. Bueno, si bien acabamos con el misterio, sabiendo desde siempre que la explicación al mismo, sería una cosa razonable y convincente, a mi me seguía resonando la parte más mágica del hecho. La parte en que, fuerzas místicas, telúricas y divinas, -o la misma fuerza de mi deseo interior de ver las pirámides desde el aire-, me habían llevado a ver las pirámides desde un avión de noche, esa explicación era la que me seguía atrayendo, porque mirándolo bien, resultaba bastante difícil que el vuelo nocturno de Luxor a El Cairo, coincidiera a la hora de aterrizar con el pase de uno de los audiovisuales.

Dirigiéndome al ascensor para subir a la habitación asignada, voy mirando las personas que circulaban por el atrio del hotel, tal vez intentando descubrir algún explorador y sacarle conversación para que me explicara en que nueva aventura esta embarcado. Pero el aspecto de las personas, era mayoritariamente el de turista occidental, zapatillas deportivas -de buena marca-, pantalón claro de algodón o lino, camisa de manga corta, por fuera del

pantalón, o camiseta de colores intensos con las más variadas inscripciones y dibujos, cámara de hacer fotos -de última generación- colgada al cuello y por último, a modo de corona del imperio del turista, una gorra de visera con inscripciones de equipos deportivos o seleccionados de fútbol de algún país. Así lucíamos, -porque salvo algún detalle de más o de menos, yo también tenía esa imagen- los turistas. Sólo nos faltaba un cartel escrito en inglés y colgado de la espalda, de frente no, porque taparíamos la bonita inscripción de la camiseta, que dijera "TURISTA".

Luego estaban los que vestían con traje y corbata, o con americana, clara, pantalón claro y zapatos ligeros, pero de piel, estos daba la impresión que se alojaban en el hotel, por temas comerciales, o de negocios, empresarios, representantes de multinacionales, que estaban para comprar o vender productos, igual que los mercados populares, pero en donde el volumen de dinero a mover es infinitamente superior.

Bastante importante también eran las personas, -que al verlas, me hacían recordar que estaba en un país musulmán-, vestidas al mejor estilo del islam, ropa de alta calidad y belleza, al igual que los adornos. Coincidimos con un señor en el ascensor, -que yo catalogué de importante, como mínimo un jeque árabe-, no muy alto, con una prominente barriga que se comenzaba a insinuar ya desde la altura del esternón, mirada seria y segura, nariz afilada, bigotes que cubrían todo el largo del labio superior, fina barba que recorría la mandíbula inferior acabando desde el mentón en alargada punta triangular. En la cabeza un turbante blanco a modo de pañuelo, no enrollado, sostenido por el akal, un doble aro de tela negra relleno a modo de cilindro, que encajaba en la cabeza a la altura del nacimiento del cabello. Una chilaba blanca, que se notaba de gran calidad el tejido, dejando ver por debajo, una camisa de seda

finamente bordada. Lo acompañaban a este señor, cuatro señoras con chador de color azul claro, con el que se cubrían la boca y parte de la nariz. Intentaba verles los ojos y la mirada, pero fue imposible, no levantaron la vista del suelo del ascensor, hasta que llegué a la planta donde estaba mi habitación.

La consigna era: ducha y a dormir, aunque antes pelaría y comería un delicioso mango que había comprado en el mercado popular de Luxor.

La intensidad y vivencias de todos estos días, me hicieron dormir profundamente, consciente que no disponía demasiadas horas para descansar, porque, pedí en la recepción del hotel que me llamaran pronto. Tenía que tomar unos buenos mates antes de salir y esto de la preparación y toma, lleva por lo menos una hora. Así que preferí sacrificar una hora de sueño, en tiempo lineal, pero tener una hora de “mateada”, intentando que fuera en tiempo plano, ya que aprovecharía el tomar mate, con repasar la información que disponía sobre las pirámides, -las tres más famosas, porque Egipto está sembrado de estas construcciones-, y sobre la enigmática Esfinge.

Despierto y despejado, gracias a la ducha fresca y el mate, bajo al comedor del hotel para desayunar. Allí me encuentro con los amigos del Grupo Blanco, estando todos dispuestos a visitar las pirámides.

Mientras caminaba por el camino en el inmenso mar de arena, y veía a las tres moles de base cuadrada, plantadas allí, con más de 5.000 años de historia, me entra una emoción completamente indescriptible, tanto que por un momento pensé que no podría dar ni un paso más.

Esta delante del sueño, el sueño de aquel niño de cinco años, a quien su hermana mayor le leyó un pequeño libro, que hablaba de un pingüino que daba la vuelta al mundo y le hablaba de la maravilla que eran las pirámides -cuando llegaba a Giza-, y del tremendo calor del desierto. El sueño que salió de aquel

deseo, pronunciado en voz alta, siendo totalmente inconsciente, -"cómo me gustaría ir a ver las pirámides"- . Concreto y rotundo, limpio y claro. Por eso estaba ahora allí, mirándolas.

Al verme que me movía tan lentamente, se me acerca el nuevo guía y mirándome me dice -"el hombre teme al tiempo y el tiempo le teme a las pirámides"-.

Empiezo a dirigirme a la Gran Pirámide, la pirámide del faraón Keops, con sus ciento treinta y seis metros de altura clavándose en el cielo azul blanquecino de Egipto. Al acercarme de frente a una de sus caras, la visión es como la de una gigantesca rampa de piedra que asciende y se introduce en un punto preciso del espacio. Una vista enigmática, porque desde cualquiera de las cuatro caras, se percibe la misma sensación, una rampa ascendente a un punto. ¿Qué punto es el que marca el vértice de la pirámide, coincidente para sus cuatro caras?

Leyendo la información sobre las medidas de la Gran Pirámide, la mayoría de autores hacen referencia a las "coincidencias" de esas medidas en relación a dimensiones de nuestro planeta. Cifras geométricas y matemáticas, que llenan esta maravilla de preguntas. Medidas para construirlas en donde aparece la increíble similitud del metro nuestro, como unidad de medida, con el "codo real", la unidad de medida utilizada, aunque compartida con el "metro". Números y cifras que nos llevan a la compleja Ley del 888, en la cual los antiguos arquitectos-sacerdotes egipcios se basaron para obtener la perfección de la Gran Pirámide. Esta Ley 888, tiene tal complejidad, que matemáticos actuales nos dicen que para hacer una pirámide con esos elementos hoy día, serían necesarios muchos cálculos utilizando los más potentes ordenadores.

Pero lo que más me fascina de su cálculos, es que consideraban a los números

como entidades con vida propia, es decir, que cada uno expresa un concepto. Por ejemplo si nos muestran cinco sombreros, o si nos muestran cinco zapatos, automáticamente independiente de la forma, cada uno de nosotros entenderá y verá el número 5.

Por eso, en mi mente, y al estar parado frente al apotema de una de las caras de la Gran Pirámide, veía inmediatamente el número 4, -de las cuatro caras de la pirámide-, los cuatro lados de un cuadrado. El cuadrado, figura mágica por excelencia, que según Jalit, -mi anfitrión nubio cuando visité su poblado en Asuán-, me explicó un relato de cómo viven algunos de los viejos nubios que se instalaron en tierras más al oeste del Nilo. Me dijo que estos hombres sabios, pasaban el día sentados frente a sus chozas, y que al llegar la noche, dentro de las chozas, trazaban un cuadrado en el suelo de tierra, colocándose en el medio del mismo sentados, y que con esto no necesitaban absolutamente nada para su supervivencia, que el cuadrado mágico, les suministraba todo lo necesario para la vida. Este relato me pareció bastante increíble, pero ahora de pie ante la Gran Pirámide y viendo su imponente y perfecto aspecto, no me pareció tan increíble.

Posiblemente, la visión del 4, me hacía llegar a la mente el camino de las cuatro dimensiones. Igual ellos -los antiguos egipcios-, se manejaban con los cuatro parámetros o dimensiones que hoy nos va desvelando la física cuántica: espacio-tiempo-materia-mente.

La mente como el cuarto elemento, la mente como el elemento ordenador de los otros tres. La mente decidiendo en qué espacio, con qué tiempo y utilizando qué materia queremos vivir. La respuesta tal vez se encuentre en el punto del espacio que marca el vértice de la Gran Pirámide, que ese punto igual es nuestro corazón llegando a revestir todas las formas.

Lentamente empiezo a circunvalar la Gran Pirámide, inmensos bloques de piedra caliza, superpuestos, que al acercarme, y tocarlos, se ven como escalones gigantes de piedra. Al perder su revestimiento, la pirámide, tiene este aspecto visto de cerca pero desde lejos se aprecia como si tuviera las caras completamente lisas. Otro hecho curioso, es que en realidad tiene ocho caras y no cuatro, -completamente imperceptible a simple vista-, cada cara, de las cuatro, tienen una ligera pendiente que confluye en la apotema del triángulo que forma la cara. Esto se comprobó por mediciones exactas hechas con instrumentos modernos, y además por las sombras que proyectan las caras los días de solsticios o equinoccios.

Al tocar uno de los bloques de la base, de la emoción, me recorre un intenso cosquilleo que va desde la mano en contacto con el bloque, pasando por las piernas, y subiendo por la columna vertebral, hasta la cabeza, produciéndome una sensación de picor en el cráneo, más exactamente en lo que llamamos la coronilla.

Me di cuenta que aquella maravilla arquitectónica, era mucho más de lo que pensábamos. Bastante más que un simple monumento funerario mandado construir por un déspota egocéntrico, que sólo perseguía la inmortalidad, sin importar el sufrimiento que infligiría a miles de personas.

Sintiendo la mano en una piedra de la Gran Pirámide, recibía la intuición de que estaba tocando algo muy especial, algo que era como una máquina, una forma que empleaba tecnología que habíamos olvidado, y que estaba ahí para recordárnosla.

Tenía la sensación, y aún la tengo, que seguramente era el Ka, (ese doble material), de otra pirámide que “vivía” en forma de Ba, volviendo periódicamente a recargarse, a unir las dos partes indispensables para el ciclo

de la vida. Por eso se esmeraron tanto en utilizar las más exactas ciencias matemáticas, para que el Ba, no se confundiera de Ka, y se pudiera realizar la recarga correctamente, en el momento exacto de cambio del ciclo.

Al asomarme a la ventana de estos pensamientos, me producía vértigo, como si, sintiendo los pies sobre la tierra, y mi cabeza saliera fuera de la ventana viendo ante mi un negro universo, lleno de vacío, con infinitud de pirámides flotando libres, conteniendo cada una de ellas, mundos, formas de vida y sueños que iban creando mundos, desde los más pequeños, que nos pueden pasar inadvertidos, hasta los más gigantes, que también nos pasan desapercibidos, como yo ahora, que veo unos cuantos bloques de piedra puestos unos sobre otros, y que sólo puedo ver la estructura entera de la Gran Pirámide si mi alejo y tomo perspectiva. ¿Cuántos universos gigantes veremos en nuestras vidas, que no podemos ver?, entonces “interpretamos”, la insignificante parte “parcial” que vemos y nos llega a través de los sentidos.

La Gran Pirámide, la intuyo como un como una pieza que lo contiene todo, como un holograma universal, y nosotros mismos, somos la pirámide, que somos todo y lo contenemos todo.

Seguimos el recorrido por el campo de Giza, ya como si estuviese caminando por el mismo cinturón de Orión, pasando de estrella a estrella, o mejor dicho de pirámide a pirámide.

El intenso calor, arreciaba, mi turbante hecho con el pañuelo de Asuán, me protegía la cabeza de los intensos brazos de Ra, sin poder evitar que de mi frente brotaran gotas de sudor.

Llegamos a la Esfinge, un enorme cuerpo de león estirado con cabeza de hombre, con tocado de turbante egipcio.

Aquí se disparan todos los misterios. Las incógnitas, -sobre todo, el para qué

hacer una estatua de esas dimensiones colosales, con cuerpo de león y cabeza de hombro?-, dieron lugar a infinidad de explicaciones posibles, desde las más esotéricas a las más razonadas. Creo que el enigma es tan grande, que solamente se puede entender, utilizando la enseñanza de la Gran Pirámide, -funcionar como una pieza holográfica-.

Mirando a la Esfinge, como un símbolo más de la magia, como el cuarto parámetro existente, agregado al tiempo, espacio y materia, sugerido por la física cuántica, la mente, ahí sí, podemos darle algún sentido. Porque hasta ahora con nuestro estático mundo “racional”, que hemos creado y en el cual nos movemos, hay infinidad de “realidades” que desconocemos. Nos sentimos cómodos siempre que sabemos porqué ocurren determinadas cosas, sabemos cuando se va a desbordar un río, qué es lo que produce el rayo en la tormenta,... todo eso bien encajado en nuestras tres dimensiones, está perfectamente justificable, ubicable y sobretodo, controlable. Entonces cuando tenemos que usar el cuarto elemento, la mente, la utilizamos para evadirnos y no la utilizamos para hacerla parte de los otros tres parámetros, y ahí decimos que no entendemos nada y que tal o cual cosa pertenece al mundo de la imaginación, de la superstición y de la ignorancia.

Así que podemos decir que la Esfinge, es un producto de la imaginación, la superstición y la ignorancia. ¿Nos vamos a creer que tamaño esfuerzo tecnológico, matemático, científico en definitiva, fue realizado para ser definido por estos tres adjetivos, que utilizados aquí suenan a despectivos y desvalorizadores?

Lo cierto es que al utilizar la mente además del tiempo, espacio y materia, veía los “misterios” como que mucho más claros, -otra vez mi formación racionalista, actuando-. Tenía que aprender a viajar como una subpartícula

atómica moviéndome en un mar cuántico, liberarme del electromagnetismo, -que es lo que nos da la “sensación” de que las cosas que llamamos materiales, son duras, blandas, más consistentes, menos consistentes-, actuar como los neutrinos, -subpartículas sin carga eléctrica- que no son atraídos ni repelidos por nada, porque al no tener carga, ninguna polaridad negativa o positiva, los puede atraer, y por tanto retener, o repeler, y por tanto expulsar. Pero para ese viaje, -para aprender esos misterios-, tendría que hacer el recorrido, tal vez más terrible y vetado. El viaje a mi interior.

Tenía la sensación, que estaba siendo capaz de vivir con dos conceptos del tiempo, uno el lineal y otro el plano, -el del tablero de ajedrez-.

Vuelvo al tiempo lineal, para comprobar que me quedaban, por efectuar varias visitas de las programadas, el Museo de El Cairo, y el gran mercado de Jan el-Jalili, con todos los componentes que trae consigo un punto de encuentro de civilizaciones como lo ha sido ese bazar-mercado a lo largo de los siglos, desde el año 1.300.

Con la sensación de estar atravesando constantemente por agujeros de gusano, comprobando que el espacio-tiempo es como una hoja plegada a modo de fuelle de acordeón, me dirijo al Museo de El Cairo.

Vería la impresionante, ornamentación que tenía la tumba del faraón Tutankamon, desde la famosa máscara funeraria, construida completamente en oro, el sarcófago, también de oro, su Ka y todo el equipamiento con que preparaban los antiguos egipcios a sus muertos, -los pertenecientes a las capas altas de la sociedad-, para que el viaje por el inframundo les fuera agradable y placentero.

Después tenía mucho interés en ver la réplica de la famosa “piedra Rosetta”. Piedra granítica, grabada con inscripciones, en donde se exponía un decreto,

de las autoridades de la ciudad de Menfis, unos doscientos años antes de Cristo, pero con un gran detalle, que estaba escrito en tres lenguas, explicando lo mismo, escritura jeroglífica, escritura demótica y en griego antiguo. Este descubrimiento, fue fundamental, -una auténtica llave- para poder entender la incomprensible, -hasta el momento-, escritura jeroglífica, al poderse comparar con la escritura demótica y el griego antiguo, -que si se entendían-. Con esta llave “maestra”, hoy podemos entender los miles de inscripciones que dejaron en las paredes de templos, tumbas y papiros.

Si no hubiera aparecido esta piedra, no podríamos entender el misterioso “Libro del emerger de la luz”, más conocido por “El libro de los muertos”, un “libro” grabado parte en tumbas -en piedra-, parte pintado con escenas que representan al difunto y todos los dioses y criaturas que intervienen en el juicio, sobre las paredes de las cámaras mortuorias, y también se ha encontrado en papiros. Básicamente, habla de sortilegios mágicos, que el difunto podía utilizar para poder superar el “juicio de Osiris”, -al cual todos estaban sometidos-, y pasar sin peligro por el Duat, el inframundo, y así llegar al Aaru, la otra vida.

Mirando en el Museo, una pintura del “juicio de Osiris”, con una inscripción en jeroglífico, perteneciente a algún sortilegio mágico del “Libro del emerger de la luz”, me vuelve a venir la imagen de las dos pirámides unidas por su vértice superior, que si las hacemos girar velozmente sobre ese vértice, la imagen que tendremos será la de dos conos, unidos en el vértice,el reloj de arena,la representación de un agujero de gusano.

Es como si los antiguos egipcios, supieran, o fueran poseedores de una tecnología, perdida hoy día, que permitiera el pasar a otros estados temporales o a otras dimensiones, -lo que llamaban “la otra vida”-. Así el difunto, después

de haber estado en esta dimensión, podía “saltar” a otra, conservando su cuerpo, -por eso los embalsamamientos-. Aquí, se encontraría en una pirámide, dirigiéndose por una de sus aristas, o apotema, al vértice. El pasar por el vértice, era el punto peligroso, -el juicio de Osiris-. Pero si seguías las instrucciones, -lo que llamamos “sortilegios mágicos”-, podrías pasarlo, -sólo teniendo tu “corazón ligero”, este debía pesar menos que una pluma-. Si lo pasabas, te encontrabas surgiendo del vértice de otra pirámide, iniciando el viaje a la otra vida, -¿la otra dimensión?-.

Todos estos pensamientos, los intentaba manejar con “criterios numéricos”, -¿qué es lo primero que vemos si nos enseñan cuatro dedos y cuatro manzanas?, -vemos el número cuatro-.

Quedé impactado al ver el denominado “tesoro de Tutankamon”, no faltaba detalle para ser utilizado en la “otra vida”, hasta un carro de guerra le habían colocado. Pero lo que más me impactó fueron las sencillas vasijas de barro, que habían contenido los alimentos colocados para el viaje, semillas especialmente, para tener buenas y abundantes cosechas en la otra vida. Ahora, hubo un alimento que le pusieron en una de esas vasijas, -la miel-. Para mi asombro, esos alimentos fueron analizados por los científicos correspondientes al tema, y supongo que al igual que yo, su sorpresa debió de ser enorme: la miel era el único alimento que estaba en condiciones de poder ser consumido, después de tres mil quinientos años encerrado en una tumba. Me pareció algo tan y más extraordinario que las deslumbrantes piezas de oro del ajuar del faraón. Un humilde alimento, elaborado por los fantásticos insectos, las abejas, que superaran el destructor paso del tiempo lineal, lo consideré algo verdaderamente divino o porqué no, mágico.

Cuando sentí que empezaba a padecer “la borrachera del arte”, -el cansancio

acompañado con un ligero mareo- después de ver y sentir la enorme energía que proyectan las estatuas, pinturas o momias del Museo, decido dirigirme al mercado Jan el-Jalili, darme un “baño” con multitud de personas, introducirme de lleno en el tiempo del 3D, e ir elaborando, o “digiriendo”, tanta experiencia vivida.

Dejo el tiempo plano, de tablero de ajedrez, que me habían introducido, los antiguos egipcios, para sumergirme en el tiempo lineal, de la vida fluuyente de un mercado. Más que un mercado Jan el-Jalili es un gran bazar, con pasadizos laberínticos, de un aparente desorden, repleto de “paradas” ofreciendo las cosas más variadas, desde figuras de distintos tamaños, representando a los antiguos dioses, bandejas, platos, juegos de té, metálicos, -la orfebrería más vistosa-, alfombras, pipas de agua,....paradas con sacos llenos de coloridas especias, las lámparas colgantes que tanto me gustan, allí, parecían salidas de algún cuento de la “Mil y una noches”. Miraba detenidamente las paradas de lámparas, no fuera a ser cosa que en una de ellas, encontrara la lámpara de Aladino, para frotarla con esmero y esperar la salida del “genio” y escuchar la ansiada frase: “soy el Genio de la lámpara puedes pedirme tres deseos que te los concederé”. De encontrarla, tal vez lo que pidió Aladino primero, que lo convirtiera en un príncipe rico y poderoso, luego que salvara su vida al estar a punto de morir ahogado, y el último liberar al genio del cautiverio de la lámpara. Después de lo aprendido de los antiguos egipcios, creo que cada uno de nosotros tenemos una lámpara mágica, y esta es nuestro corazón. Si a este lo “frotamos” con cariño, sin dudas sale el Genio del Amor, la energía que todo lo puede y todo lo crea. Si utilizamos la energía del genio del corazón, obtendremos riquezas, preservaremos nuestras vidas de cualquier peligro y seguro llegaremos al don máspreciado, y a veces más temido, de la libertad, la

hermosa libertad, de movernos entre las dimensiones espacio-temporales, la de soñar, sabiendo que lo que soñamos lo podemos materializar y vivir, libertad de elegir de montarnos en el vehículo, que los antiguos egipcios conocían, para poder desplazarnos por el espacio plegado como el fuelle de un acordeón.

En extenuantes regateos, acabo de hacer las compras de los “recuerdos” para regalar a familiares y amigos, una vez regresado a casa.

Ya en el aeropuerto de El Cairo, esta vez para hacer el recorrido inverso rumbo al aeropuerto del Prat, en Barcelona, empiezo a hacer un balance del viaje. Algo cansado físicamente, pero muy contento y feliz, de ser consciente que había “materializado” el sueño del niño de cinco años, -que soy yo- y que como el pingüinito Polito, volvía a casa.

Bueno, ¿qué es volver a casa?, si cuando llegaba a Egipto, y mientras estaba recorriéndolo, la sensación era la de “estar en casa”.

El Airbus 320, levantó el vuelo sin contratiempos, en pocos minutos ya volábamos a cinco mil metros de altura, a pesar de algunas nubes que flotaban en el aire, pude divisar el río Nilo, el río de la antigua Tierra Negra, el río que alimentó y acunó una de las civilizaciones más grande y enigmáticas que ha albergado nuestra planeta, nuestra querida madre Tierra. Al verlo, me despedí con un “hasta luego”, consciente de que de alguna manera había aprendido a moverme con los saltos del caballo de ajedrez, en el enorme tablero del espacio-tiempo.

Volaba con una sensación de alegría y paz, intentando calcular cuánto tiempo faltaba para divisar la humeante chimenea del Etna, que me indicaría que en poco más de una hora estaríamos tomando tierra en Barcelona.

Mientras, pensaba, en lo hermoso de las experiencias vividas estos días, y en

las cosas fabulosas que había visto. Pero también pensaba en que mañana, y pasado, y por muchos días, vería y viviría los familiares acantilados de la costa del Garraf, con su piedra erizada piedra caliza, precipitándose a la mar Mediterrània. La misma mar que surcaron con sus naves egipcios, fenicios, griegos, cartagineses, romanos y tantos más, que dejaron su huella en las costas y tierra adentro de dos continentes, África y Europa. La misma mar, a la que le cantó Homero, relatando el impresionante viaje de Ulises en la Odisea, -tan dificultoso fue ese viaje de regreso a casa, que aún, hoy día nos referimos con la palabra “odisea” a algo costoso de conseguir, algo difícil-. Así fue que el legendario héroe griego estuvo perdido en las aguas de la mar Mediterrània por más de diez años, hasta llegar a Ítaca, su casa.

Sí regresaba contento, al Garraf, para entrar en los bosques de la costa mediterránea, y saludar y abrazar a las centenarias encinas, monumentos vivientes que igual que las pirámides, conectan cielo y tierra, y a través de la magia de sus semillas, se perpetúan por milenios, superando incluso eras geológicas, ya que ellas llegaron a ver y convivir con los mismísimos dinosaurios, mucho antes que los primeros homínidos hicieran aparición sobre la faz de la tierra.

Por tanto regresaba feliz, preparado para continuar el Gran Viaje, el viaje de la vida, el viaje que he ido, voy e iré compartiendo con los seres con los que me voy encontrando. Sabiendo que somos herederos de un poder, un poder que reside en nuestro corazón, y que utilizando las maravillosas herramientas, que fueron utilizadas por pueblos antiguos, podemos movernos entre los mundos, entre las dimensiones de este aún misterioso espacio-tiempo-materia-mente.

Intuyo, que el vehículo para conseguir esta libertad de movimiento atemporal, es algo tan sencillo y simple que a veces se nos mantiene muy oculto: el amor.

Por eso, este viaje continúa.....

Dedicado a todos los seres mágicos, que siempre me voy encontrando en este apasionante viaje de la vida.

Gracias.

Fernando Galbán Testa

Vilanova i la Geltrú, julio de 2015.

Dirección Electrónica: fgalbantesta@gmail.com